

Parque de Boston

“Lugar muy simpático es, adornado de árboles donde se recibe aire fresco y puro. Se le cambió el nombre por el de la plaza de Sucre, sin que del gran Mariscal encontremos allí nada más que el nombre, porque lo que adorna el centro de este sitio es una bella estatua del glorioso José María Córdova. Como ambos grandes hombres merecen estatua y plaza, hoy le debemos una plaza a Córdova y una estatua a Sucre”.

Lisandro Ochoa. *Cosas viejas de la Villa de La Candelaria*. 1948.



1900



Surgió el barrio Boston en el terreno conocido como La Ladera, en la que fuera la finca de don Vicente Benedicto Villa. Era todavía un suburbio lejano de la Villa de La Candelaria, adonde el doctor Alfonso Castro iba a caballo a visitar a sus pacientes y a fascinar muchachos con sus propinas de centavos.

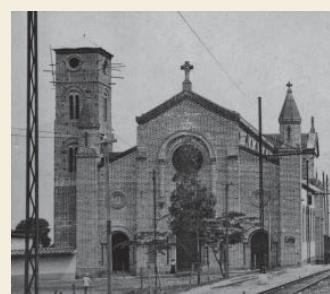
1906

El Concejo de la ciudad dictó un acuerdo para la construcción de una fuente pública en el centro de la plaza del recién fundado barrio. En dicha pila se bañaban los niños del sector cuando sus mamás no podían llevarlos hasta la quebrada Santa Elena para el aseo matutino.

1908

Por influencia de don Carlos Molina, concejal y director de la revista literaria *La Miscelánea*, el Concejo de Medellín le cambió el nombre a la plaza y a toda la urbanización por el de Sucre.

1909



El Arzobispo bendijo la primera piedra de la futura iglesia del barrio Sucre, que estaría dedicada a Nuestra Señora del Sufragio. Los planos del nuevo templo fueron elaborados por Heliodoro Ochoa y la dirección de la obra estuvo a cargo del padre Manuel J. Atehortúa.

El parque de una sola batalla

POR JUAN CARLOS ORREGO ARISMENDI

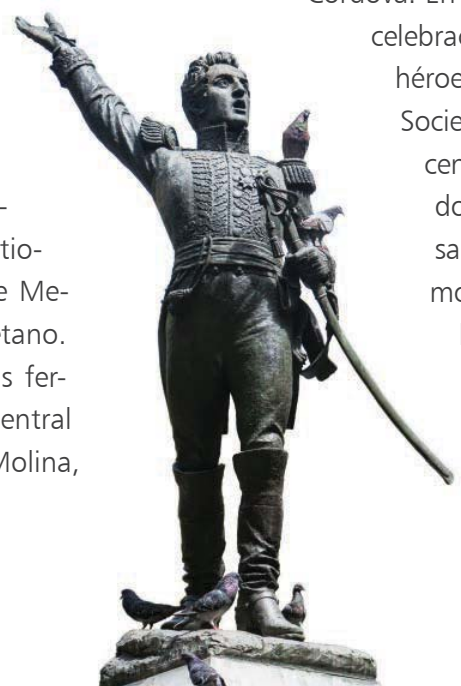
La historia de cualquier parque es, casi siempre, la de un retazo de ciudad que se transforma menos que otros y que —como si se tratara de una reminiscencia del Edén— suele conservar a lo largo de mucho tiempo un mínimo de rasgos fundamentalmente bucólicos: un gran espacio abierto, uno o varios macizos de árboles y alguna edificación vetusta arrimada al conjunto; “pedazos de campo entre las urbes”, a decir de Tomás Carrasquilla. El Parque de Boston, sembrado en la cuadrícula que forman las calles Perú (55) y Caracas (54) y las carreras Giraldo (39) y García Rovira (38), no es la excepción: nació entre las fincas de recreo que un puñado de medellinenses acaudalados habían levantado en las vegas de la quebrada Santa Elena, y hoy sigue siendo un remanso de verdura.

Las tierras en que se erigió el barrio Boston eran de Vicente Benedicto Villa, un lugareño acomodado. Con la muerte de este patricio en los primeros años del siglo XX se quebró la virginidad del feudo, pues los hijos no dudaron en retacearlo y convertirlo en lotes para la venta. Germán Villa fue el más avisado de todos los herederos: no solo fue el primero que adecuó su retazo para la urbanización, sino que cedió al municipio de Medellín un amplio cuadrado de tierra para que, con su fecundo erario, construyera una plaza. Villa tan solo se reservó el derecho de adjudicarle nombre: la llamó “Plaza de Boston”, con la intención de rendir homenaje a la ciudad norteamericana en que había vivido como estudiante.

En 1908 ya había nacido el barrio propiamente dicho, y los vecinos adelantaban gestiones con Manuel José Caicedo, arzobispo de Medellín, para levantar un templo a San Cayetano. Prueba fehaciente de que para entonces los fermentos urbanos ya hervían es que la plaza central fue objeto de intrigas politiqueras: Carlos Molina,

un vecino influyente que tenía silla en el Concejo, convirtió sus delirios patrioterros en un Acuerdo municipal según el cual el parque pasaría a llamarse, desde el 22 de agosto de 1908, “Plaza de Sucre”, en homenaje al mártir de Berruecos. Las otras evidencias del desarrollo de aquel rincón de Medellín son menos etéreas: en 1909 se puso la primera piedra del que, olvidado San Cayetano, habría de ser el templo de Nuestra Señora del Sufragio; y en 1916 ya había un cerco de casonas de tapia —con cinco o seis habitaciones en galería— en torno del parque, una de las cuales fue cedida a la comunidad salesiana para que dirigiera la vida espiritual del barrio. Bien se ve que la colonización evangelizadora marchaba con el mismo brío con que se había estrenado en América en 1492. No obstante el entusiasmo civilizatorio, el espíritu agreste del sitio no desapareció: refiriéndose a la plaza en una viñeta de la época, Tomás Carrasquilla celebró sus “bellos horizontes”, y tres décadas después el cronista Lisandro Ochoa ponderó el lugar, “muy simpático” y “adornado de árboles donde se respira aire fresco y puro”.

Quien nunca gozó de la entrañable fronda del parque fue —a pesar del mencionado Acuerdo municipal— el mariscal Antonio José de Sucre. En su gloria se vino a atravesar, en batalla sin sangre, el general José María Córdova. En 1927, como acto preparatorio de la celebración del centenario de la muerte del héroe de Ayacucho —caído en 1829—, la Sociedad de Mejoras Públicas erigió en el centro de la plaza una estatua de Córdova esculpida en bronce por el artista santarrosano Marco Tobón Mejía. El monumento, que todavía es uno de los hitos del lugar —el general, imponente, alza una mano y abre la boca para arengar a su ejército, sin que importen las grietas en el



› José María Córdova, obra de Marco Tobón Mejía.



› Barrio Sucre. 1922.

pedestal que tanto han mortificado a Fernando Vallejo—, vino a relativizar el acuerdo que declaraba a Sucre como patrono del parque. El nombre se vio menoscabado por la estatua. Lisandro Ochoa advirtió mejor que nadie lo lesivo que, para su respectiva celebridad, resultaba el encontronazo entre los próceres: “Hoy le debemos una plaza a Córdoba y una estatua a Sucre”. La comunidad se percató rápidamente de que la salida más política era el regreso al viejo apelativo de “Parque de Boston”.

Sin que importara mucho la gloria de los héroes de la Independencia, muy pronto fue el templo el que concitó todos los intereses del vecindario. Su origen, como el de todos los templos, fue humilde: los devotos del barrio, hartos de empantanarse sus zapatos domingueros en las largas excursiones hasta las iglesias de San José, La Candelaria o La Veracruz, recogieron limosnas, hicieron bazares y vendieron empanadas para comprar un lote y levantar el edificio santo. El pedazo de tierra lo vendió, al fiado, el señor Juan Bautista Isaza, quien a su vez se lo había comprado a Germán Villa. El negocio no pudo ser más piadoso: los vecinos ofrecieron a Isaza pagarle en oraciones por su alma, e invocaron como fiadora a la misma Virgen. Bajo la dirección del padre Manuel Atehortúa se hicieron los planos y empezó la construcción, amenizada de cuando en vez por la banda musical del departamento de Antioquia. El 17 de julio de 1917 se ofició la primera misa, con el templo todavía en obra negra. La imagen de Nuestra Señora del Sufragio llegó

a lomo de buey, encargada por don Fernando Escobar y señora, dos de los lugareños más píos.

Tomás Carrasquilla, en una crónica de 1919 en la que pasa revista a las plazas y plazuelas de Medellín, ofrece una rosácea imagen del corazón de Boston, engastado como una joya en medio de casas y árboles: “Allá muy arriba, no lejos de la histórica Quebrada, entre las calles de Caracas y Perú, florece, apenas en la infancia, la plaza afortunada de Boston. Su templo medio romano, medio fastuoso, bien lindo, por cierto, está para terminarse. A las Benditas Ánimas se lo han erigido, para probar una vez más que la muerte es tan costosa como la vida. Es un punto delicioso, de poesía y de frescura. En la plaza y sus cercanías albean, juntas o diseminadas, casas muy cucas, graciosas y simpáticas. El aire es tónico, cristalino, perfumado. Una alegría tranquila y saludable habita por esos lados. Quien sepa ver y admirar váyase por allá una mañanita azul o tarde blanda, para que bendiga a Dios y a sus criaturas, ante el espectáculo de ensueño que desde esta plaza se disfruta”. Ese mismo año —el 16 de julio, para mayor exactitud— se dio por terminada la iglesia, precisamente cuando el tranvía, en su ruta Sucre de tableta blanca, llegó hasta el parque. De acuerdo con la reflexión de los cronistas de Boston, fue la existencia de la santa casa la que animó al municipio a alargar hasta sus pies el tranvía, el alumbrado público y otros servicios.

Los salesianos que regentaban la parroquia, fieles a las lúdicas filosofías de San Juan Bosco, organizaron

1915



El Arzobispo Manuel José Caicedo donó a los padres salesianos la casa quinta contigua a la iglesia de Nuestra Señora del Sufragio.

1916

El barrio contaba ya con alumbrado público y luz eléctrica (apenas dos bombillas por casa), el agua era poca y llegaba en tubos de barro sin presión y sin haber sido tratada. Las aguas negras corrían desde cada casa por atanores que desembocaban en la quebrada más próxima.

1919



El 16 de julio fue terminada la iglesia. Los padres salesianos se hicieron cargo de su cuidado y de los oficios religiosos.

1919

Al caer la tarde, los niños del barrio se sentaban en una barranquita que bordeaba el parque o jugaban pelota alrededor de la fuente. Así, entre juegos, chismes y bromas, dieron vida a la famosa Barra de Oro de Boston.

1922

En una esquina de la plaza (Perú con García Rovira) se dispuso la primera estación de la línea Sucre del tranvía municipal, cuyo distintivo



era la "placa blanca". El pasaje costaba 0,05 centavos, pero obreros y estudiantes pagaban solo 0,02.

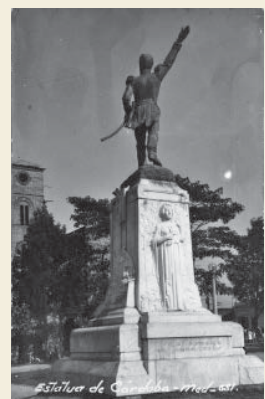
1925

En la iglesia del Sufragio, con gran concurrencia, se celebraron las exequias de 'Marañas', famoso azotacalles, bufón y filósofo de esquina, de quien se cuenta que tras la llegada de la luz eléctrica a la villa exclamó mirando al cielo: "te jodiste, Luna... Ahora, a alumbrar a los pueblos".



1927

Se inauguró, en el centro de la plaza, la estatua en bronce de José María Córdova encargada por la Sociedad de Mejoras Públicas, cuyos miembros vieron la necesidad de levantar un monumento al prócer antioqueño antes de la



- > SUP. Iglesia del Sufragio. 1922.
- > INF. IZQ. Línea de Sucre, Boston. C. a. 1920.
- > INF. DER. Calle Caracas. 1920.

actividades de catecismo con música, juegos y comida a bordo, razón por la cual los alrededores del templo —las mangas de la plaza— se convirtieron, durante el "Oratorio festivo" de los fines de semana, en un hervidero de niños de Boston y de zonas aledañas, como La Ladera, Enciso, La Aguaíta, La Toma y El Orfanato. Quién sabe si por plegarse al entusiasmo social o por el recelo provocado por tanto advenedizo, los muchachos de Boston empezaron a reunirse frente a la iglesia, en la barranca que había entre la plaza y la calle Perú. Ese fue el principio de la mítica Barra de Oro de Boston, que fue durante varias décadas —inclusive en la segunda mitad del siglo XX— el alma de la vida social del parque y del barrio. Hay quien cuenta que el origen del grupo fueron las reuniones que los monaguillos formaban al salir de misa, a veces con el fin de oír los cuentos del padre Marcelino Báez. Lo cierto es que la barra acabó sesionando de modo rumboso en el café Manhattan, ubicado en el marco de la plaza, en la esquina suroriental del cruce de Perú y García Rovira, por donde pasaron figuras intelectuales como Eladio Vélez, Ciro Mendía, 'El Caratejo' Vélez y León de Greiff. Hasta hace poco se celebró el día clásico de la barra: cada primero de mayo, miembros jóvenes y veteranos se encontraban en la parroquia de Nuestra Señora del Sufragio para una misa cantada, seguían con un *picaíto* de fútbol que enfrentaba a las diversas generaciones y remataban en el Manhattan hasta la extinción de las reservas de aguardiente.

Las rutinas del parque dieron un giro definitivo en 1938, cuando en la casona que lindaba con el templo se abrió el Colegio Salesiano El Sufragio. La idea era formar y reclutar almas para vestir los hábitos de la comunidad, cuyo seminario estaba en Mosquera (Cundinamarca). Al principio solo se abrieron los primeros tres grados de la primaria para 113 niños, pero muy pronto creció el rebaño y fue necesario implementar reformas materiales en los viejos edificios. Una parte de la casa cural fue demolida en 1948 para dar paso al patio de recreo, y poco después, en 1952, la fachada de la casona fue reformada por completo para albergar los nuevos pisos requeridos



por el *boom* del colegio: había comenzado a ofrecerse el bachillerato, cuyos primeros egresados se graduaron en 1957. Una estampa de *Los días azules* de Fernando Vallejo da una idea de la animada actividad colegial en el parque entre los años cuarenta y cincuenta: "Abiertas a las cinco de la tarde las puertas de la jaula que cuidaban las aves agoreras, se volcaba la algarazca de la chiquillería sobre el parque de Boston, en cuyo marco se hallaba la cárcel". El recelo del escritor contra la casa salesiana hace que, por contraste, la plaza aparezca como el lugar de la felicidad y la libertad. Todavía será así.

No solo en el edificio del colegio se materializaron los bríos del desarrollo. Entre los años cuarenta y sesenta, las casas de tapia del marco de la plaza cambiaron sus fachadas de acuerdo con los estilos arquitectónicos en boga, y lucieron los materiales y formas promocionados por afamados constructores capitalinos: piedra bogotana, mármol, ventanales de aluminio, segundos pisos,

amplios espacios y jardines interiores. Todo ello, que sin duda debe leerse como la muda del cascarón de provincia, reemplazado por una piel definitivamente urbana, se ve condensado —en materia y espíritu— en la historia particular de la

esquina de Perú y García Rovira: la casa residencial de un prestante dentista se convirtió en un granero que, en algún momento, se trocó en billar; billar que cerró para que en 1951 se abriera el concurrido café Manhattan, a su vez asiento, hacia los años setenta, de un edificio de cuatro pisos. Hoy, en el primer piso del complejo, está el restaurante y salón de recepciones Antiguo Manhattan.

El marco de la plaza de Boston ofrece, actualmente, una imagen representativa de lo que ha sucedido en casi todos los parques de barrio del Medellín contemporáneo; específicamente, en los parques ubicados al oriente del río. La migración de las élites hacia los condominios de El Poblado o hacia la banda occidental bajó la guardia del sentido de pertenencia y el celo patrimonial, y las grandes casas ora se convirtieron en locales de una asfixiante barahúnda comercial, ora se fueron a pique para dar paso a edificios de más de quince pisos

celebración del centenario de su muerte. Al parecer no importó mucho que este se erigiera en la plaza que llevaba el nombre de Antonio José de Sucre, otro héroe de la Independencia. La escultura de Córdova es obra del artista Marco Tobón Mejía.

1935

Don José Ramírez Johns instaló el primer carrusel, al que los jóvenes del barrio invitaban a las muchachas; fue en sus caballos de pasta donde comenzaron los primeros noviazgos entre vecinos, muchos de los cuales terminaron en matrimonio.

1937



El padre Roberto Pardo Murcia comenzó la construcción del Colegio El Sufragio, fundado al año siguiente con 120 estudiantes de primaria.

1945

El mismo domingo que se inauguró La Macarena, Roberto Berrío se puso a explicarle a un muchacho del barrio cómo era una corrida de toros. La gente los rodeó para observar la lección de toreo; el toro era Luis Hernández. Estas corridas se volvieron célebres: se realizaban cada ocho días y tenían un público enorme.

1950

En esta década se hicieron famosos los pesebres navideños del parque, elaborados por Carolina Estrada y sus hermanos. También eran célebres las recámaras de pólvora de Rubén Ramírez, cuyos estruendos convocaban y emocionaban a la comunidad en Navidad y en Semana Santa.

1951



El padre Andrés Ferro abrió el bachillerato diurno del Colegio El Sufragio, que graduó a sus primeros bachilleres en 1957.

Abrió sus puertas el restaurante Manhattan, fundado por don Roberto Bedoya R. Las grandes atracciones del lugar eran las empanaditas, las sabaletas y, cómo no, la música: bambucos, tangos, sinfonías y zarzuela. En las mesas del Manhattan preparaban sus exámenes los futuros bachilleres, y miles de versos, inspirados en las muchachas que paseaban por el parque, fueron escritos allí.

1976

El Manhattan cerró sus puertas definitivamente con una emotiva tertulia de los viejos y los nuevos de la Barra de Boston.

1985

La iglesia de Nuestra Señora del Sufragio fue remodelada.

2005

Habitantes del barrio, comerciantes y representantes de algunas entidades del sector crearon la Corporación Boston Vive, entidad que promueve diversos proyectos cívicos y culturales en el parque y en el barrio.

En el Parque de Boston se elaboró un pesebre de 300 metros cuadrados, como parte del proyecto "La Navidad vive en Boston". La celebración duró ocho días y asistieron diariamente más de dos mil personas.

conformados por apartamentos minúsculos. Sendas torres se levantan sobre Perú y García Rovira, entre bares, restaurantes, panaderías y centros de servicio de telefonía celular. Sobre Caracas se mantienen en pie las fachadas de los años cuarenta, con sus columnas, balcones y ventanas en arco, aunque revestidas por los avisos estridentes de farmacias, casas de banquetes, taquillas de apuestas, licoreras y tiendas de comidas rápidas; del abigarramiento comercial no se salva siquiera la derruida casa de la esquina con García Rovira, sede de una papelería con servicio de Internet y, al mismo tiempo, miscelánea y tienda de helados. La carrera Giraldo, en virtud del espíritu monástico de la obra salesiana, da una sensación más convincente de tiempo detenido y viene a cumplir con aquella regla, mencionada desde el principio, que pide para los parques la conservación de alguna reliquia cultural. La estatua de San Juan Bosco y Santo Domingo Savio, sembrada entre parroquia y colegio, es la misma que presidió las primeras reuniones de la Barra de Oro de Boston.

Con todo, es en la explanada central donde se erige la más heroica supervivencia, o, por mejor decir, lo más genuino del parque. A un lado de la estatua victoriosa de José María Córdova y del busto bufonesco de Carlos Castro Saavedra —plantado en la vereda oriental de la plaza después de la muerte del poeta, ocurrida en 1989—, viejos y altos árboles se levantan en las jardineras, y son, como en el remoto tiempo de las fincas, los cómplices de la única tranquilidad del sitio. Allí, con solo alzar la cabeza para contemplar sus copas, puede tenerse la ilusión de que aún no se ha extendido la epidemia del comercio; de que no se ha desparramado la demografía medellinense hasta la confusión inextricable de los estratos, y de que la pobreza, en traje de vagabundo o atracador, no merodea por las calles del barrio. No es casualidad que, en el centro de todo el verdor, el brazo derecho del héroe de Ayacucho se alce con la palma abierta y muestre la fronda que lo cobija. El alma del parque no está en otro lugar.

■



➤ Sup. Iglesia del Sufragio. S. f.



2010-2012

La demolición de tradicionales casas de un piso y la construcción de dos torres de apartamentos en los alrededores del parque cambiaron la configuración y el paisaje del sector.

2010



El 24 de julio fue inaugurado el Parque Bicentenario en la esquina suroccidental del parque, detrás del Teatro Pablo Tobón Uribe. Llamado así en conmemoración de los 200 años de la independencia de Colombia, hizo parte del proyecto de recuperación de la quebrada Santa Elena, que fue integrada a este espacio de seis mil metros cuadrados. Uno de los principales atractivos de este parque es una novedosa pantalla de agua de dieciséis metros de largo por cinco de alto.

2011



La Alcaldía de Medellín entregó el Museo Casa de la Memoria, ubicado en el Parque Bicentenario, un espacio construido para recordar a las víctimas de la violencia y promover el aprendizaje a partir de los hechos violentos vividos en la ciudad. Tanto el Bicentenario como el Museo le dieron al Parque de Boston un mayor dinamismo social y cultural.

Iglesia de Nuestra Señora del Sufragio

Os ofrezco pan, trabajo y paraíso.
Don Bosco

Construida entre 1908 y 1920, fue elevada a parroquia en 1922. En 1997 se inauguró un mausoleo para las cenizas de los salesianos difuntos.

Pan

En 1926 el pintor belga Georges Brasseur, ya consagrado en su tierra, armó maletas y vino a dar a este pueblo, convencido, por no decir engañado, de las posibilidades artísticas y económicas de Medellín. Su mala situación matrimonial le dio el último empujoncito para decidirse a viajar.

Brasseur llegó a ganarse el pan como director y docente de la Escuela de Pintura y Escultura del Instituto de Bellas Artes, y entre los muchos encargos que aceptó están las catorce estaciones del viacrucis de la iglesia de Nuestra Señora del Sufragio. Sus grandes óleos, distribuidos por todo el templo, son quizá la obra más valiosa de esta iglesia, junto con los 48 vitrales instalados en 1944.

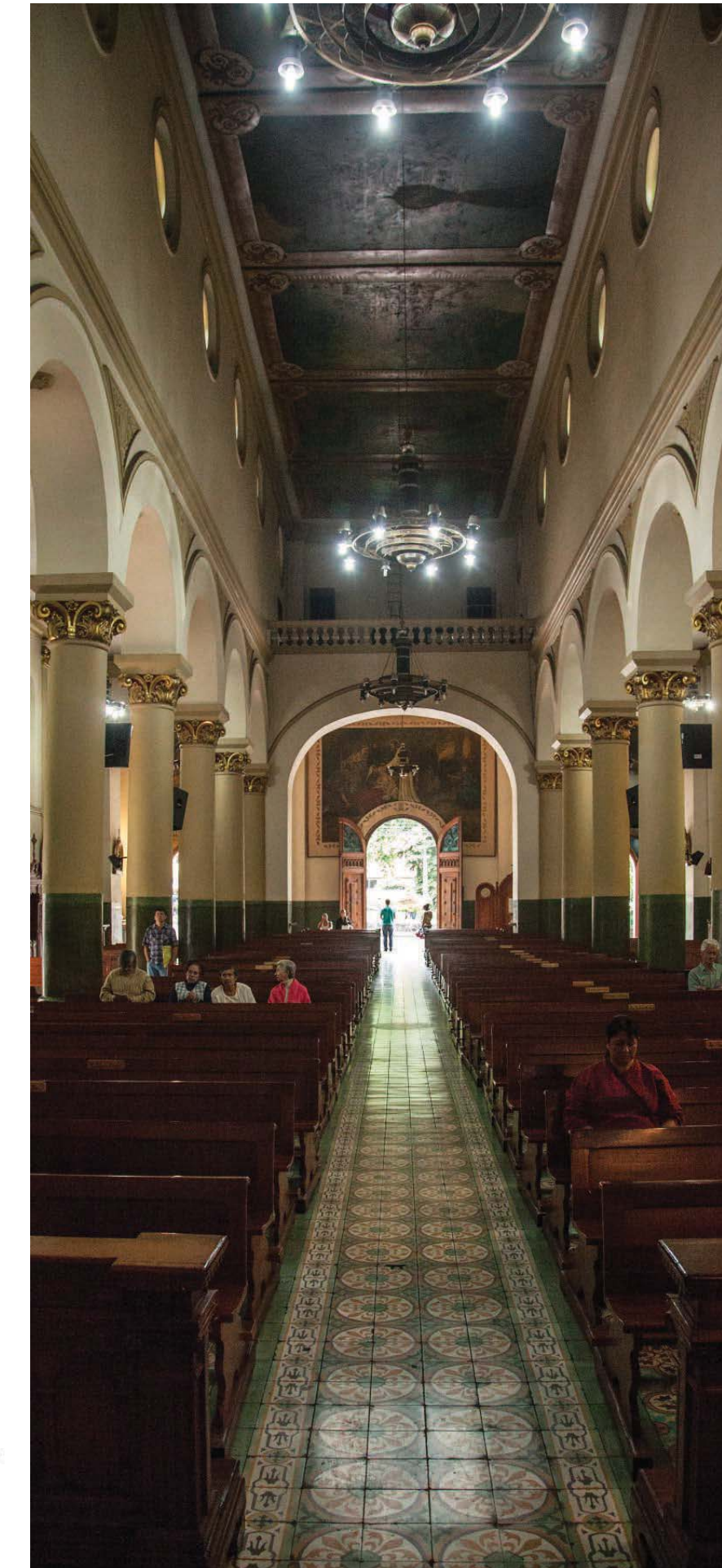
Trabajo

La iglesia del Sufragio es imponente por su pulcritud exagerada, sus altares impecables, los ramos de flores en algunos santos, sus columnas utilizadas como soporte de televisores... Por eso la comunidad de la parroquia, unos veinte mil habitantes del barrio Boston, se siente orgullosa.

Aquí las 48 misas semanales siempre se llenan, de cien feligreses para arriba, en su mayoría ancianos. Debido a eso, por más que el párroco haya tratado de quitar al menos una para alivianar el trabajo, no ha podido.

La nutrida asistencia a esta iglesia le permite contar con recursos suficientes para entregar, cada mes, 150 mercados a familias pobres del sector, y ayudas económicas para medicamentos, transporte, techo y estudio a quien bien lo pida y a los ojos de los representantes de Dios en la tierra lo merezca.

Desde sus inicios, el espíritu colaborativo se ha notado en esta parroquia. En 1908, cuando en el terreno donado por Juan Bautista Isaza se proyectó la iglesia, la comunidad

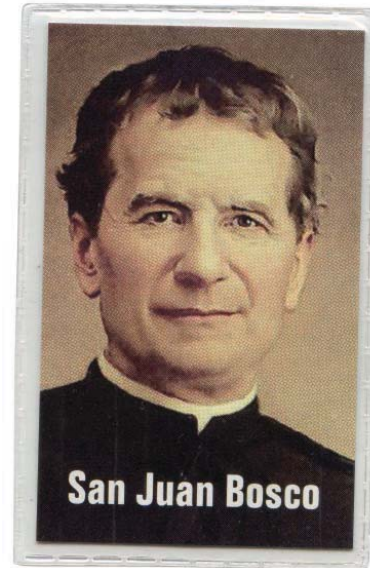


se concentró en recoger fondos. A la colecta llegaron lotes para vender y rifar a favor del templo. También se hicieron talleres, se alquilaban libros, se vendieron sufragios; hasta se hizo campaña para los que quisieran donar una de las doce columnas, a doce pesos la unidad. Así fue que se puso la primera piedra en 1909.

La iglesia, que celebró su primera misa en 1917, hoy bautiza más de 200 niños al año y bendice unas cincuenta parejas para que los sigan engendrando.

Paraíso

“Después de varios meses de estudio y reflexión, estoy considerando salir de Medellín cuando mi contrato termine. La vida solitaria en esta ciudad es muy insípida, el ambiente artístico es nulo o muy aleatorio; esta gente es muy interesante, pero demasiado simple, sin ninguna forma de refinamiento (hablo

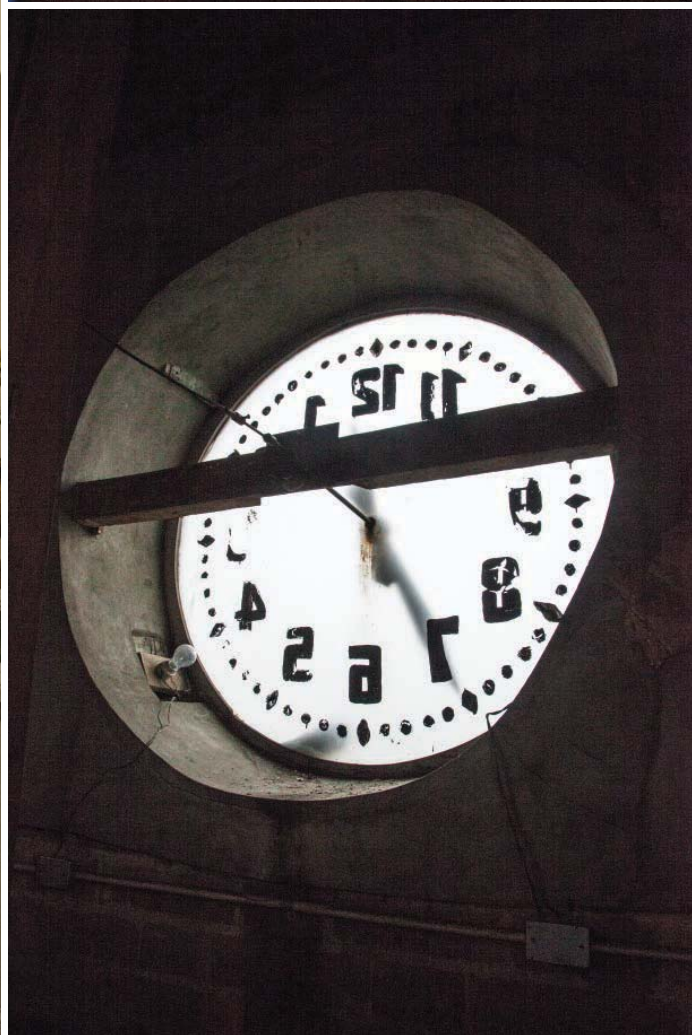
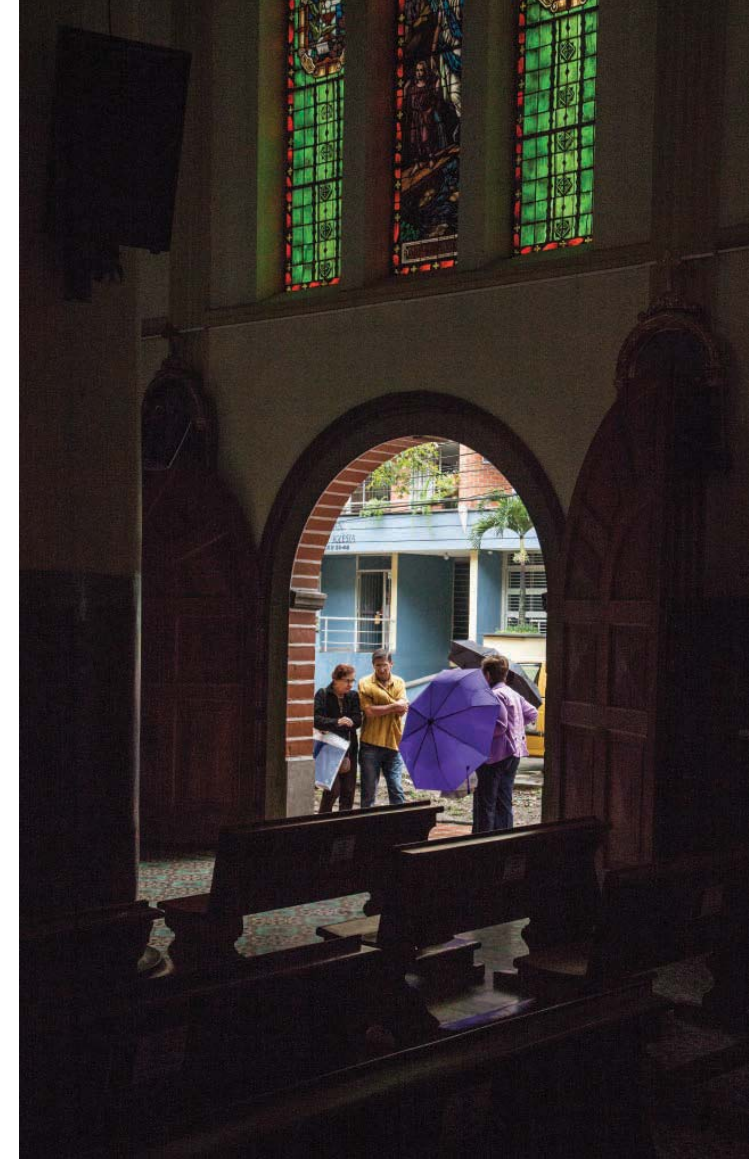


► Patrono de la iglesia.

de la élite, el pueblo es amorfo y medio salvaje), no conocen otra cosa que comerciar y conseguir plata para acumularla”. De esta forma se despedía Georges Brasseur de Medellín, en 1927. Pero dejó bien acompañadas las figuras que irían llegando después a la parroquia del Sufragio: María Auxiliadora, San José, el Sagrado Corazón, el Señor de la Misericordia, San Antonio, el Jesús Caído, el Divino Niño, la Virgen del Carmen y, por supuesto, la Virgen del Sufragio.

Diez años después, considerando el terreno tan grande que tenían, y la necesidad de un lugar para recibir a seminaristas en vacaciones, los salesianos tomarían la decisión de abrir un colegio a un costado de la iglesia, bajo el favor de San Juan Bosco, el santo educador de la juventud. Pero eso es harina de otro costal.

■



► No conformes con la instalación de una cámara de seguridad y cuatro televisores para la transmisión de las misas, el sacristán y el párroco sueñan con proyectar primerísimos planos de la elevación de la hostia y el cáliz.



› Primeros estudiantes del colegio. 1940.

Estudiantes que vienen y van

Por MARGARITA ISAZA VELÁSQUEZ

En las mangas del Parque de Boston los niños juegan a esconderse y a la pelota. La mayoría son hijos de los obreros que trabajan en las prósperas fábricas de la ciudad. Es 1938 y el barrio, con un parque incipiente rodeado de potreros y algunas casas, ve aumentar su población con familiones que llegan de los pueblos a buscar la ilusión del progreso, simbolizada en el humo de las chimeneas de la compañía de tejidos.

Entre esos niños que corren hay varios Tobón Tobón; son los más pequeños de los ocho que tuvieron Eduardo, telegrafista, y su esposa Francisca. El menor de ellos, Octavio, tiene doce años, los ojos muy azules, y dicen que es como un santo en miniatura. El párroco de la iglesia de Nuestra Señora del Sufragio, Roberto Pardo, le dio a doña Francisca la noticia de que este año su hijo menor podrá estudiar allí mismo, junto al templo y al pie de las mangas, en la escuela que acaban de inaugurar para fomentar las vocaciones religiosas del seminario salesiano de Mosquera, Cundinamarca.

Son 113 niños los que comienzan la obra de Don Bosco en Medellín. Cursan primero, segundo y tercero elemental; así van abriendo paso a grados superiores, según la necesidad de los estudiantes y del creciente barrio. Octavio siente el llamado de Dios; quiere ser un hombre tan bueno como el padre Pardo, y tan sabio como su hermano músico, el organista Gabriel Tobón. Luego de estudiar un par de años en El Sufragio, el muchacho de ojos azules viaja a Mosquera para continuar su formación escolar y pensar en el sacerdocio. Se aleja así de la escuela que le enseñó las primeras letras, esa misma que con el tiempo y el esfuerzo de todos los vecinos dejaría de ser una casa de tapia para convertirse en una imponente edificación, con salones nuevos, largos pasillos y hasta patio de descanso. El edificio de tres pisos y algunos rasgos de estilo colonial completa el ala occidental del Parque de Boston, con la carrera Giraldo en la fachada, la calle Caracas a un lado, y el desconocido Callejón de las Infantas en la parte de atrás, lindante con el coliseo de deportes y teatro.

Octavio cuenta hasta ahí la historia del colegio. Luego se le nubla un poco, a sus 89 años ya no tiene claro cómo fueron desapareciendo las mangas para jugar y los pececitos de la quebrada Santa Elena. Él se convirtió en hermano salesiano. Al cabo de los años, hace casi treinta, regresó al colegio, ya no como estudiante sino como profesor de historia y español, y también para tocar el piano en las eucaristías y fiestas de María Auxiliadora.

Su vida como hijo de El Sufragio la recuerda ahora desde el pequeño salón que le asignaron en el subsuelo del colegio para guardar su música y dar algunas clases particulares de melodía y entonación. Don Tobón, como lo llaman varias generaciones, está un poco sordo y le cuesta caminar. Aun así, todos los días cumple el ritual de darle la vuelta al colegio. Se demora cuarenta minutos en completar la manzana, o un poco más si visita a sus familiares muertos en la cripta del templo parroquial.

“¡Cuidado con el balón!”. Los de esa esquina bajan la cabeza. Corren. Están aquí y allá al mismo tiempo. Sonidos agudos colman el patio de recreo. Un pastel de pollo cae al suelo. “¡Sí veee!”. El grito a todo volumen precede a un empujón. “¡Holguínnn! ¡Holguínnn!”. El aludido se voltea y un papel convertido en pelota le golpea la espalda. “Qué puntería”. La recoge del suelo y la devuelve a su contendiente de risita maliciosa. Corren. Saltan. Se empujan. Se trepan unos sobre otros. Se abrazan. Baloncesto.



› Estudiantes del Colegio Salesiano El Sufragio, Manga de Boston. 1940.

Voleibol. Balones. Todos juegan a algo. “¡Marcosss! ¡Oigan, esperennn!”. Tiembla la tierra. El silencio nunca ha estado tan ausente.

Como en una centrifugadora, la energía parece expandirse desde el centro del patio de recreo del Colegio Salesiano El Sufragio, centro de



› Profesores y estudiantes Colegio Salesiano El Sufragio. 1961.



Boston, centro de Medellín. Son las 10:15 a.m. y el timbre anuncia el segundo descanso de primaria; 458 estudiantes, entre los seis y los once años, están en todas partes. Los que están de pie no permanecen quietos; es más, no puede decirse que cubran un solo lugar. Bueno, hay uno que sí se ha quedado quieto. Los sentados comen manzana o papas de limón, los alimentos más repetidos en la lonchera escolar. La intuición dice que en pocos minutos estarán corriendo, multiplicando la misma energía que ahora consumen. El que está de pie, quieto, se llama Londoño. Ah, no, Miguel Ángel –ay, esa costumbre masculina de evocarse por el apellido–. Cursa 3° B, y tiene crespos y cara de haber sido prestado para un pesebre. Lleva los brazos atrás y se inclina un poco para poder leer la cartelera de la Semana de la Salesianidad, que en el colegio tuvo fiestas, misas y torneos. Hay fotos diminutas de desfiles y formaciones de grupos. El Sufragio celebró el espíritu del santo Don Bosco y también la Antioqueñidad, esa

mezcla de religión y patriotismo que suele inculcárseles a los alumnos en las instituciones privadas.

Miguel Ángel pierde el interés por la cartelera y mira a su alrededor por si algún compañero aparece. Hoy les toca partido de interclases contra 4° A, pero él no podrá jugar fútbol. Se quedó con la camiseta de cuello en V y borde negro debajo del uniforme de diario: “me cerraron el salón y no me pude cambiar”. Dibuja cada palabra con la ternura de sus ocho años. Dice que su mamá es quien viene a recogerlo porque dejó de trabajar para cuidarlos a él y a su hermano menor, que está en la guardería. “Yo soy el mayor de todos”, dice con orgullo. Explica que los niños de primero se hacen por allá en el parque –habla la mano–, pero los que son como él, ya grandes, están en cualquier parte. “Unos nos hacemos en el túnel y otros se quedan aquí, en la cancha, o en el árbol”; señala el más frondoso, una acacia sin flores que divide en dos el gran patio de recreo. En la misma línea central, junto a la acacia, que “siempre” ha estado ahí, hay un guayacán pequeño, de no más de seis años; un “pavo espolvoreado” que tampoco ha florecido, y otro árbol que ni el jardinero Róbinson sabe cómo se llama.

El túnel que menciona Miguel Ángel está justo bajo sus pies. Es un pasillo largo en el subsuelo del colegio. Allí quedan la biblioteca, el salón de audiovisuales, un laboratorio, el cuarto de música atiborrado de partituras, el salón de Memoria Histórica donde se guardan los retratos de rectores colombianos e italianos, la mapoteca empolvada y algún cuarto de mantenimiento. A los estudiantes les encanta sentarse ahí en el piso con sus *tablets* y *smartphones* para hacer competencias de juegos o repasar para un examen. En el túnel tampoco hay silencio pero los decibeles van en descenso. Es una especie de lugar para relajar el cuerpo y poner en reposo la energía que arriba está en continua explosión.

Miguel Ángel ya se fue. El timbre de las 10:45 a.m. suena para que primaria regrese a los salones. El patio se ve vacío, y muy limpio, en cuestión de dos minutos.

En los tres pisos de aulas, una galería junto a la calle Caracas, los docentes luchan por mantener la atención de los alumnos. En 5° B, primera planta al pie del coliseo, el profesor repite “good morning” tres veces, y a la cuarta lanza la bendición en inglés para seguir con el padrenuestro. Arranca con “Our father, who art in heaven...” y treinta voces se unen a la plegaria. En el salón contiguo, también de primaria, la profesora de ciencias naturales de 3° C explica los detalles del reino animal. Concentración absoluta. Arriba de ellos, en el segundo piso de baldosas ajedrezadas, el bullicio es aún menor: los de séptimo, décimo y once resuelven guías y ejercicios. Los muchachos de 11° A, de barros y barba incipiente, con la chaqueta azul cielo de la promoción 2013, se dedican a la física: “un alambre de 2 Ω [ohmio] se estira aproximadamente tres veces su longitud original. ¿Cuál es su resistencia?”. Mientras la respuesta surge, otro timbre se escucha en El Sufragio: 11:30 a.m., los 683 estudiantes de bachillerato salen a descanso.

¿Dónde están? ¿Por qué no han llegado al patio? Se toman con calma la hora de recreo. Hay balones, sí, hay juegos, pero estos muchachos ya son grandes, y en vez de correr, caminan. Los de sexto y séptimo se hacen de la acacia para allá y comienzan un partido de fútbol. Pero no se ven veintidós jugadores, sino más de cien. Es imposible diferenciar arqueros y goleadores con tantos transeúntes yendo y viniendo sin rumbo preciso.

Junto al laboratorio de química, enfrente de la casa cural de la iglesia de Nuestra Señora del Sufragio, cinco jóvenes de 11°. A sentados en el suelo discuten el problema de resistencia, miran un libro de carreras universitarias, y cambian de tema para referirse al paro agrario. No hablan de las niñas del Colegio María Auxiliadora, vecinas del barrio, sino de los desplazados y los campesinos del país. Vuelven al problema por resolver y un solo muchacho concentra la atención de sus compañeros. Les explica con paciencia de profesor y ellos parecen entender. Los de once ya son gente seria. Acaba de llegarles la citación para las pruebas Saber 11, más conocidas como Icfes, un examen que siempre da miedo aunque los alumnos de El Sufragio estén bien preparados... Al menos así lo han demostrado las generaciones que desde hace un par de décadas dejan al colegio en las categorías Superior y Muy Superior.

Así como el patio se llena y se vacía con cada timbre que suena en las mañanas y a la una de la tarde, cuando todos se van para sus casas, el

Colegio Salesiano El Sufragio renueva su energía en noviembre y en enero, al despedir a los jóvenes de último grado, que enfrentan su adultez, y al recibir a los pequeños de preescolar y primero, que resuelven entre juegos y aprendizajes su etapa escolar.

La historia del colegio confluye, pues, en cada uno de los estudiantes que han pasado por sus aulas a lo largo de 75 años, entre ellos el escritor Fernando Vallejo, antirreligioso declarado, que a los once años, en 1953, se aterró de la separación tajante entre hombres y mujeres que imponían los sacerdotes a cargo de la enseñanza.

Don Tobón es otro de los tantos egresados, solo que hoy vive en El Sufragio. Antes de irse al cuarto de música, donde otros silencios lo aguardan, el hermano observa el patio, ahora en calma, y dice que la historia del colegio va a continuar por décadas y quizás siglos; que aunque Boston siga cambiando, Medellín se vaya ensanchando y él mismo algún día muera, El Sufragio, con sus más de mil estudiantes y esa energía que emana cada día, continuará siendo un vecino indispensable del parque y de la comunidad, porque ya ha visto crecer a tantos que dejó de ser un edificio para convertirse en un detonador de recuerdos.





Un parque de barrio en el Centro

Por DAVID E. GUZMÁN

En un cuaderno que sostiene sobre los muslos Santiago esboza una mano en alto. A su lado varios compañeros también dibujan un objeto, un personaje del parque, lo que se les ocurra. El profesor de artística los ha sacado al aire libre una vez más. A unos metros de Santiago, en uno de los jardines, está Jovany, rapado en sus parietales, con una cresta y colas de pelo que forman un siete si se le mira de perfil. Sentado en una piedra analiza los movimientos nerviosos de una paloma, dibuja, observa, traza, borra. No importa si la paloma sale volando porque queda otra y otra y otra que le sirve de modelo. En el Parque de Boston hay dos amplios palomares donde podrían dormir unas ochenta palomas apeñuscadas.

Mientras los jóvenes dibujan, René, bajito, de barba negra y tupida, barre uno de los senderos del parque, bajo la sombra de una guadua. Avanza adoquín por adoquín, con precisión; ejecuta su trabajo con un palo de madera que tiene escoba en ambas puntas: una con cerdas largas y fuertes, y otra con unas fibras amarillas deshilachadas y flexibles. Detiene el barrido y mira alrededor, habla solo, suelta algunas frases que imprecán a la nada o al todo. Dentro de su pantalón amplio y su camisa leñadora a cuadros se esconde un cuerpo enjuto. Barre un par de adoquines y luego, con una alacridad pasmosa, se agacha e introduce una lima entre las hendijas para extraer tierra y mugre. Así, a paso muy lento, va dejando reluciente el piso del parque.

Santiago ha avanzado en su dibujo. Ahora hay un torso, una mano con una espada y unas piernas metidas en unas botas. El *pelao* ha elegido la efigie del prócer del parque y hace una ilustración vertical, mientras que Jovany, en sentido horizontal, ya tiene lista una paloma que ocupa toda la hoja. Es gris, como la mina de su lápiz. El profesor se pasea con las manos atrás, pendiente de las obras de sus alumnos.

A esta hora el parque es tranquilo, se camina con espacio y se oye el canto de pájaros y loros; está habitado por estudiantes, algunos vecinos con sus perros, vendedores ambulantes y señores como Alberto, canoso y ventrudo, de traje gris. Su corbata roja se balancea cuando camina

alrededor del parque. Al doblar una de las esquinas se le une un amigo de bluyines y camisa por dentro, abultada en la espalda porque guarda allí un periódico doblado. Se demoran cuatro minutos en promedio en dar cada vuelta, conversada y a paso lento. Es el mediodía de un jueves con cielo despejado y ambiente fresco gracias a la sombra de una cincuenta de árboles de especies variadas, urapanes, tronadores, almendros.

Pero es por los lados de un casco de vaca que Luz Marina, barrendera oficial del parque, con uniforme naranja y gris, pasa su rastrillo por hojas secas, ramas, pajas, envolturas de mecató y uno que otro cubierto de plástico. Luz Marina avanza mucho más rápido que el hombre de barba. Mientras ella abarca un amplio sector de baldosas con una pasada del rastrillo, René apenas limpia un adoquín con su doble escoba y su lima. “Todos los días viene a barrer”, dice Luz Marina, y haciendo círculos con el dedo alrededor de su oreja dice que no es una persona normal, que tiene algún rayón. Su metodología neurótica de limpieza parece ser una terapia.

Alberto da las últimas vueltas, pero ahora utiliza los senderos para acortar camino. Se mete por el sector que barre René y esquiva la basura para pasar por un lado. Más abajo, Luz Piedad, una vendedora habitual del parque, conversa con don Armando, de 74 años, que permanece acá desde por la mañana hasta las dos de la tarde, cuando regresa a pie hasta su casa. Ambos saben que en cualquier momento llega Carlos Monsalve, el gerente de la oficina. Sí, porque en el Parque de Boston, al aire libre, dicen Luz Piedad y don Armando, funciona una oficina.

Los puestos de helado, mango biche, solteritas y copitos de nieve ya están afuera del Colegio El Sufragio a la espera de la salida. Los alumnos del profesor de artística se preparan para volver a la sede de la Escuela, que está sobre la calle Caracas, a unos cien metros. Santiago, que no es del barrio, dice que le gusta cuando los traen a dibujar al parque, un lugar diferente a donde vive porque “no hay disputas ni guerras”. Su dibujo del prócer está listo; es una ilustración de trazos sencillos, sin color, pero con el elemento contundente y heroico de la mano arriba. El estudiante de Octavo 1 de la





Escuela Empresarial de Educación sabe que obtendrá una buena calificación pero desconoce a cuál héroe de la patria acaba de dibujar.



Las ramas del pomarrosa se sacuden con fuerza. Unos frutos caen por el agite y se fisuran, otros tocan el suelo mordisqueados. Cinco muchachos están trepados en el árbol, y su misión es no dejar ni una poma viva. Agarran una, la prueban, y si les sabe amarga la tiran. Las pomas maduras también caen, con dentelladas más profundas. Son polligallos; sus risas y

voces bitonales delatan que ya hicieron su entrada a la pubertad. Una habitante del barrio baja las escaleras, entra al parque, revisa con la mirada y rescata un par de frutos del piso; los empaca en una bolsa y se pierde hacia la calle Perú.

Al otro lado, sobre la calle Caracas, un puñado de niños nada en una piscina de pelotas encerrada en un remolque. Detrás, un tren de tres elefantes con cabina *carevaca* espera que se llenen los asientos para iniciar un nuevo viaje. El ambiente está impregnado de alborozo infantil. En esa esquina del parque hay una mini ciudad de hierro que funciona viernes, sábados y domingos. Dos niñas comparten jaula en la rueda de Chicago, de tracción manual y sillas de plástico, que gira lento al lado del giroscopio del que todos dicen bajarse mareados. A unos metros, otros pequeños saltan y se totean las cabezas en las lonas de brinquitos o en el castillo inflable, mientras un feroz tiburón se mece como péndulo.

Es una tarde soleada de lunes festivo y el Parque de Boston es una ensalada de personas de todas las edades. Las familias pasean, los grupos de amigos mecatean o se reúnen en alguna jardinera, los perros se escapan de sus amos para jugar y dos glotonos apuran el montaje de un fogón. Aunque los ancianos se apropian de las sillas individuales, algunos con crucigrama en mano, otros en compañía, el fin de semana los niños parecen ser los dueños del parque.

Cristian es un flaquito de doce años; lleva una jíquera terciada, viste bermudas y calza Crocs sin medias. Trabaja en la flota de carritos que le dan vuelta al parque, y su labor consiste en tirar de los vehículos. “A mil la vuelta, tres vueltas por dos mil”, les dice Cristian a los padres que se acercan con sus hijos antojados. Juan David, monteriano de dieciséis años, conoce la historia de esta flota de *jeeps* enanos. Su padre fue quien empezó con el negocio. “Le compró un carrito a una señora con la que trabajaba y entre los dos siguieron”, dice Juan David, quien tiene un corte audaz, parecido al de Jovany. En más o menos dos minutos Cristian recorre el parque, y con él la variedad de olores que produce su generosa oferta gastronómica. Empanadas, arepas de queso bañadas en lecherita, pasteles de pollo, papas rellenas, chorizos, hamburguesas, perros calientes, chunchurria, chuzos, pizzas, carnes. En los cuatro corredores del parque hay por lo menos quince puestos para merendar. También hay venta de obleas con decenas de combinaciones, crispetas, churros azucarados, mango biche y cerveza michelada. Los precios van desde 500 hasta diez mil.

En el mismo sendero que barrerá Rene se juega un triangular futbolero entre varios niños y algunas niñas; la mitad de los jugadores no se conocen y un tercio de ellos tiene acento chochoano. Los arcos son las canecas plateadas que hay a lado y lado del pasaje. Cuando hacen gol, el balón rebota en la verja que rodea el monumento del prócer o en la jardinera del pomarrosa. Con cada gol sale un equipo y entra otro, pero muy pronto el juego se disuelve.

El viento sopla con violencia. Nubarrones grises ocultan el azul del cielo, y caen algunas gotas. “Ey, se largó el agua, vamos”, dice uno de los devoradores de pomas. Todos bajan del árbol y se alejan por la carrera 38. En el costado norte del parque el vendaval se siente mucho más. Las ráfagas de viento llegan pulpitas desde el cerro Pan de Azúcar, bajan de la montaña como latigazos que hacen crujir las ramas de los árboles. La amenaza de lluvia obliga a una fritanguera a amarrar un plástico al busto del poeta Carlos Castro Saavedra. Lentamente el parque se va desocupando, aunque todavía le quedan un par de horas de vida. Después de que levanten los últimos puestos de comida, el parque se apagará y quedará a merced de la noche y su fauna solitaria. El conticinio será el único testigo.



Aunque los alumnos de la clase de artística han abandonado el parque, otros estudiantes de la Escuela Empresarial retozan en las jardineras. La hora de salida del colegio está cerca. A El Sufragio siguen llegando vendedores que no solo ofrecen mecato: hay desde afiches de Ferrari y del Atlético Nacional hasta juguetes y variedades. Pasada la una de la tarde empiezan a salir muchachos con sus morrales. Afuera los esperan camionetas de transporte escolar, padres expectantes y carros particulares.

La brisa trae un denso aroma: es una mezcla de pan recién hecho, almuerzo del restaurante Solo Truchas y alguna caca de perro que hay por ahí. No todos los amos recogen las plastas de sus mascotas. Pero Alberto no corre peligro de pisar alguna, camina por los corredores en su última vuelta, de nuevo solo. Cuando esquiva el barrido de René, este le dice algo. El encorbatado acelera el paso pero se arrepiente, para y saca del bolsillo de su pantalón varias monedas. René las recibe, las mira en su mano, las guarda y vuelve a su escoba.

De la verja que rodea uno de los jardines cuelga una placa negra de acrílico. Reza, con letras amarillas: “Of. 001 CONSULTE SU CASO”. Es la oficina que funciona al aire libre en el parque desde el 6 de septiembre de 2011, según palabras de su fundador, Carlos Monsalve, un vendedor de tinto ambulante que dedica las tardes a la charla libre y espontánea con los personajes que se acercan. Carlos, don Armando y Luz Piedad, que acaba de fiar un cigarrillo, componen el quórum esta tarde de jueves.

En medio del ambiente sereno Carlos toma la vocería, y sin rodeos advierte que es izquierdista y que no le cae bien “Alvarito”. “¿Usted por quién ha votado?”, pregunta. Don Armando, que hoy carga el libro *No hay causa perdida* de Uribe Vélez, mira hacia la calle Caracas con cara de desentendido pero parando oreja. Al parecer ya conoce bien a Carlos y se contiene. Luego, Carlos se va lanza en ristre contra Juan Manuel Santos por la deuda externa. “En el mandato de Uribe era de 55 mil 200 millones de dólares, y ahora Santos la ha subido a 81 mil millones y punta en tres años”, dice Monsalve, que tiene una prótesis que le hace ver blanca la encía.



Don Armando, con un entusiasmo repentino, señala al prócer del parque y dice: “¿Usted sabe por qué José María Córdova es un héroe? Porque se opuso a que Bolívar fuera rey”, y Carlos añade: “con 400 hombres se metió a la candela”. Los dos quieren tomar la batuta de un tema que no está definido. Mientras se conversa en la oficina, René pasa con la escoba y el recogedor al hombro. Se sienta en un andén y bebe algo de una garrafa de ron. Para ese momento, Monsalve cuenta que cuando la hija de Estanislao Zuleta le pidió un televisor, este le dijo: “la televisión es un medio de corrupción de la juventud”, y no se lo compró.



Luz Piedad, con falda negra de seda y blusa fucsia, interviene para decir que oyó en Radio Cristal que un asteroide va a impactar en el planeta. Don Armando dice que eso no lo sabe sino la “Madre Tierra”, y da otro giro para comentar que cuando un testigo de Jehová se le acerca aquí en el parque, él le dice: “la religión es una pelea por la plata” y lo deja con la palabra en la boca. Carlos, para dejar clara su inclinación ideológica, cita nada menos que a Marx: “la religión es el opio del pueblo”.

Y así se va yendo el día en la oficina 001, cuyas labores empiezan cuando llega Carlos con el aviso de acrílico, que le costó nueve mil pesos, igual a dieciocho tintos. Carlos vive en el edificio que queda al frente de la Plaza Minorista, el de muros azules. “El que fue de Pablo Escobar”. Desde 1989, Carlos vende tintos en la entrada del edificio Miguel de Aguinaga entre las dos de la mañana y las once. Luego descansa un par de horas y llega a la 001 con ejemplares de *El Tiempo* y *El Espectador* en el sobaco.



Una señora le prende fuego a una servilleta y la anida entre carbones. Faltan diez minutos para las seis de la tarde. Los puestos de comida se arman poco a poco. El humo se expande con olor a leña, a empanada, a chorizo, a chunchurria. Un lustrabotas, con su caja adornada de estoperoles dorados, le embetuna los zapatos a un anciano que resuelve un crucigrama sentado en una jardinera; madres y parejas pasean bebés en coches; novios caminan cogidos de las manos; transeúntes atraviesan el parque con bolsas y paquetes; se oyen risas y gritos de felicidad párvula; se ven colegiales, jóvenes y abuelos jugando ajedrez.

Al contrario de hace un mes, el pomarrosa no tiene un solo fruto, ni en su follaje ni en su base. A unos metros de él, cinco perros grandes se corretean y saltan por los sardineles; ladran tan fuerte que sus dueños deben interrumpir sus charlas de vecinos. Cuando suenan las campanas de la iglesia los perros ya están controlados, descansan con las lenguas expuestas, rosadas y trémulas, se huelen los hocicos. Son las 6:15 de la tarde y el viento sopla más fuerte. No hay una sola nube.

En esa misma zona Luz Piedad atiende su chaza. Vende cigarrillos al menudeo y golosinas mínimas: chicles, confites y mentas; trabaja en el parque desde 2010. “Es muy calmado, no hay peleas”, dice, con una cajetilla de cigarrillos mentolados en la mano. Los filtros blancos contrastan con sus dedos color panela clara. “Yo quiero mucho este parque, por trabajar aquí me dieron la caja de dientes y las gafas”, dice. Se refiere a Boston Vive, una corporación cívica que desde 2005 vela porque el parque sea un lugar atractivo. Su sede de fachada amarilla está al frente del pomarrosa.

Wilmar, jalando un carrito de Delicias Ice Tropical, se acerca a cobrarle a Luz Piedad una crema de guanábana que vale 800 pesos. Ella le dice que no ha vendido mucho y aprovecha para cobrarle un cigarrillo que le debe el hombre de sombrero tipo safari. Son colegas, se ven a diario, la deuda mutua queda pendiente. Luz cuenta las monedas que tiene en un vasito desechable y le da un vistazo a su mercancía. “No tengo casi con qué trabajar”. La mujer lleva el pelo

corto, con vetas castañas. Su herramienta de trabajo costó veinticinco mil pesos vacía y se la regaló su hijo, que ya tiene familia y vive lejos. “Después un señor me la cambió por esta que tiene coche”.

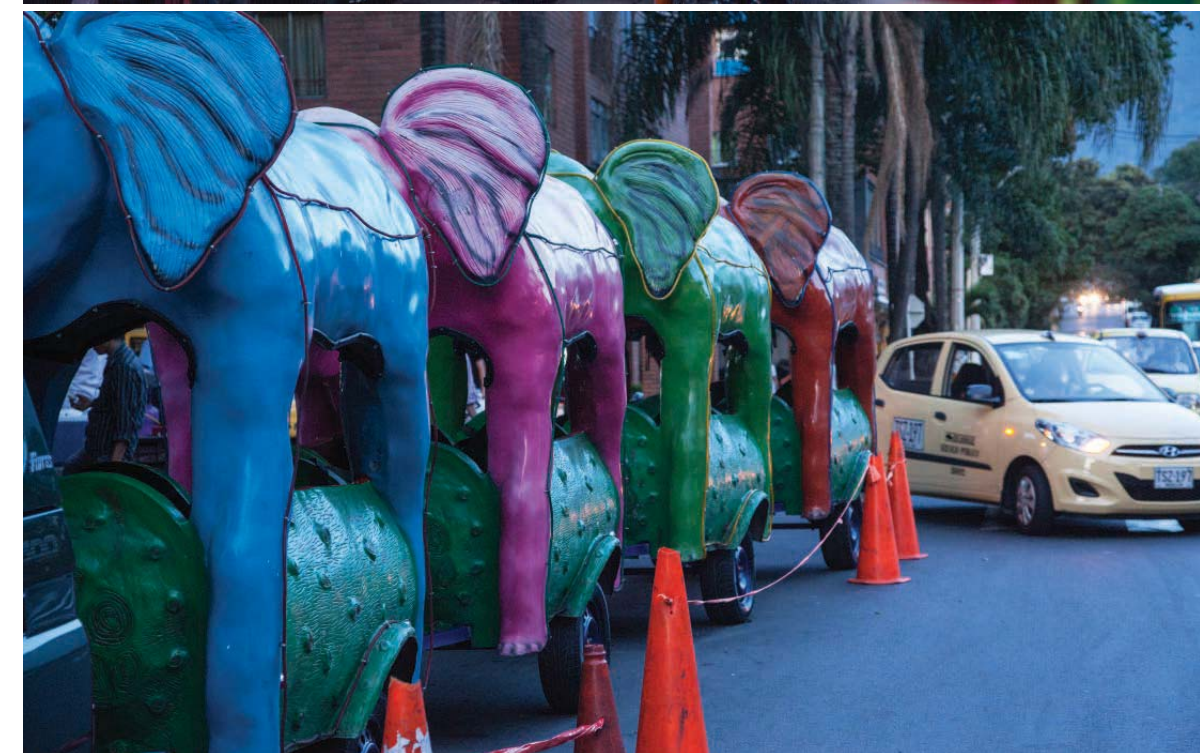
En el parque hay cada vez más gente y los perros han reiniciado los jugueteos. Al murmullo general se suman los rugidos de los buses que pasan por la calle Perú y paran en la esquina del pomarrosa, donde las hojas acarician sus capotas. Los buses siguen por el lado de Antigua Manhattan, un bar restaurante donde funcionó la famosa Barra de Boston. Luz Piedad dice que el pomarrosa florece tres o cuatro veces al año, y que la fruta es deliciosa, “dulcecita”.

Cuando llega la noche y las luces de carros y negocios empiezan a iluminar, Luz Piedad me deja cuidando la chaza; dice que va a comprar algo y ya vuelve. Cierro los ojos. El ventarrón azota una guadua y produce un cascabeleo placentero que se mezcla con un gangoso *jingle* de helados. Tres pelaos pasan en bicicleta y otros dos que llevan una paloma herida suben por la carrera 38. Por ahí mismo baja un señor de piernas blancas como la leche, en pantaloneta y chancas, cruza el parque y se pierde hacia el Centro. La chaza de Luz Piedad es de madera, está pintada de blanco y calculo que con menos de tres mil pesos podría comprar todo el plante.

A los minutos llega Luz Piedad con una bolsita de detergente. “Por aquí vale mil, en cambio más allacito la consigo en 800”. Ahora todo es un poco más caro en el sector, los cambios de los últimos tres años lo han valorizado. “Tumbaron casas viejas y construyeron edificios, hay más gente y más comercio”, dice Luz, que paga mil pesos para que le guarden el coche en un parqueadero frente al parque. Aparte de las altas torres Park Boston, una sobre la calle Perú y otra sobre la carrera 38, la novedad es el nuevo Parque Bicentenario y el Museo Casa de la Memoria, situados una cuadra al sur.

El ventarrón le sube la falda a Luz, que la ataja en los muslos. Está sentada, haciendo carrizo. Son más de las siete de la noche y al parecer el fuerte de las ventas es el día. Antes de partir, charla con una amiga que está de paso; comentan que pronto es la feria artesanal, una actividad que Boston Vive realiza el último fin de semana de cada mes, con concierto incluido los sábados: Noches de la Música Tropical. Luz Piedad se despide, arrastra el coche unos metros e ingresa por la puerta estrecha de lo que parece un parqueadero de motos.

Las ventoleras son cada vez más fuertes. Una ventera de empanadas atina a quitar la sombrilla de su toldo antes de que salga volando. Las empanadas son de carne y papa, con ají, y valen 500 pesos. En la iglesia de Nuestra Señora del Sufragio hay unas setenta personas. En las últimas bancas, una mujer de capul, maquillada, escucha la misa con un perro a sus pies. La postura del perro es elegante, tiene las patas adosadas con simetría en el piso. A la salida



del templo una palmera se mece rabiosa. Dejo el cuadrante del parque y me topo con una horda de colegialas que vienen por la calle Caracas: son estudiantes de la Javiera Londoño. El parque, con diez puestos de comida, las espera en esta noche de jueves.



El Parque de Boston está en todo su esplendor. Es sábado de feria y hace buen clima. Desde antes de llegar se ve el castillo inflable y el camión con piscina de pelotas. Frente al Colegio El Sufragio hay diecisiete puestos de artesanos, y así en cada costado hasta sumar casi sesenta toldos con venta de ropa, adornos, artesanías, juguetes, dulces y comida típica. Y otra vez los perros pululan, corren y juegan; al parecer todos los vecinos de Boston que tienen perro encuentran en el parque el sitio predilecto. Son tantos los cuadrúpedos, que parecen robarles el puesto a niños y ancianos. Ante el panorama no hay discusión: todos le sacan jugo a este parque.

“Si no toma fresco me lo llevo pa la casa”, le dice un padre a su hijo de cinco años antes de iniciar una vuelta en un *jeep* que arrastra Cristian. El niño tiene un refresco de naranja que no le apetece. “¿Está muy caliente?”, le pregunta el papá, pero el niño toma. Cristian empuja el carro desde atrás y arrancan. A pesar del gentío, en menos de tres minutos están de vuelta en el punto de partida, donde hay estacionados cinco carritos descapotados.

Cristian es de Quibdó, tiene doce años y hace tres que llegó a Medellín con su familia. “Hago cuarenta mil pesos al día, veinte pal dueño y veinte pa mí”. Calza unas medias sin resorte que se derraman en sus tenis, está de pantaloneta y camiseta, cómodo para su trabajo. Mientras llegan clientes, deshuesa un mamoncillo, tira la pepa y le pega a la nevera de Icopor de un vendedor de paletas. Juan David cuenta que hace tres meses Cristian pidió trabajo como jalador de carritos. “Vivo en Enciso y vengo de viernes a domingo a trabajar”, dice Cristian, quien no pierde oportunidad: pasan unas señoras rollizas y él grita “¡uy, ¿quién pidió pollo?!”.

El humo de las comidas aumenta. Por los lados de la tarima suena *Carruseles* del Conjunto Miramar. Cristian sale con otro pasajero y acelera más de lo que puede, el carro se para en las llantas de atrás y se gana una advertencia de uno de los socios: “despacio o nos quitan el permiso de funcionamiento”. Cristian vuelve al carrito y Juan David explica: “lo *cizañean* para que se porte bien, es muy cansón”.

Luz Piedad está sentada muy cerca de la tarima, donde hay una batería a medio armar. Es la Noche de la Música Tropical. Dos señoras bailan, cada una por su lado, pero terminan haciendo una coreografía que hace reír a los presentes. Luego una pareja se anima y baila una salsa romántica. La gente, sentada en las jardineras, espera la música en vivo. Algunos toman aguardiente, otros cerveza, otros ron. Luz Piedad luce un vestido en tonos de verde; conversa con dos amigos, tiene una cajetilla de cigarrillos Green en la mano. El cielo está despejado y el viento manso, perfecto para una noche de fiesta.

En esta velada sabatina Luz Piedad no tendrá plata para unos aguardientes; por un vallenato desafortunado decidirá irse a dormir temprano,

y mañana asistirá a misa de siete. La música durará hasta la medianoche. Habrá baile y recocha. Los toldos quedarán cubiertos con plásticos hasta el domingo y serán vigilados durante toda la noche. La iglesia, que ahora está en misa y tiene una luz azulosa en la fachada —y donde otra vez está la señora de capul con su perro en la misma posición— abrirá muy temprano sus puertas.



Una doña se cuelga de un brazo metálico que exprime naranjas. Su puesto de venta de jugos está en la esquina de Caracas con la 39. La feria artesanal aún duerme. Dos personas trotan alrededor del parque mientras una empleada de Boston Vive barre el piso entre los toldos. Aún no son las siete de la mañana y la iglesia alberga a unas 300 personas. Algunos feligreses entran, tocan la madera de la cruz que carga Cristo y se echan la bendición. Minutos más tarde, haciendo juego al sermón del domingo, el padre dice que Medellín se ha convertido en una pequeña Sodoma, y habla de los



placeres mundanos que han alejado a los cristianos del templo.

A la salida de misa hay varios taxis esperando clientes recién comulgados. En la esquina se improvisó una venta de flores, verduras y frutas; son campesinos que vienen de la Placita de Flórez. Amas de casa se acercan a comprar y siguen su camino. Otros, como dos señoras agarradas de gancho, aprovechan para darle unas vueltas al parque. También hay un puesto de empanadas donde un artesano desayuna.

Luz Piedad sale de la iglesia y se dirige al parqueadero para sacar su chaza. Avanza por un corredor oscuro con piso de cemento. Al fondo hay una cocineta y unos pocos cuartos con delgadas puertas de madera. Luz abre un candado pequeño y descubre una pieza de un metro cuadrado con una colchoneta que debe doblarse para que quepa. De un palo cuelgan tres vestidos, entre ellos el de tonos verdes, y dos blusas. En el suelo hay un rollo de papel higiénico, una pastica de jabón y una grabadora. Luz Piedad revisa que su celular haya cargado, vuelve a poner el candado y sale con su coche hacia el parque, el lugar donde vive y sobrevive.

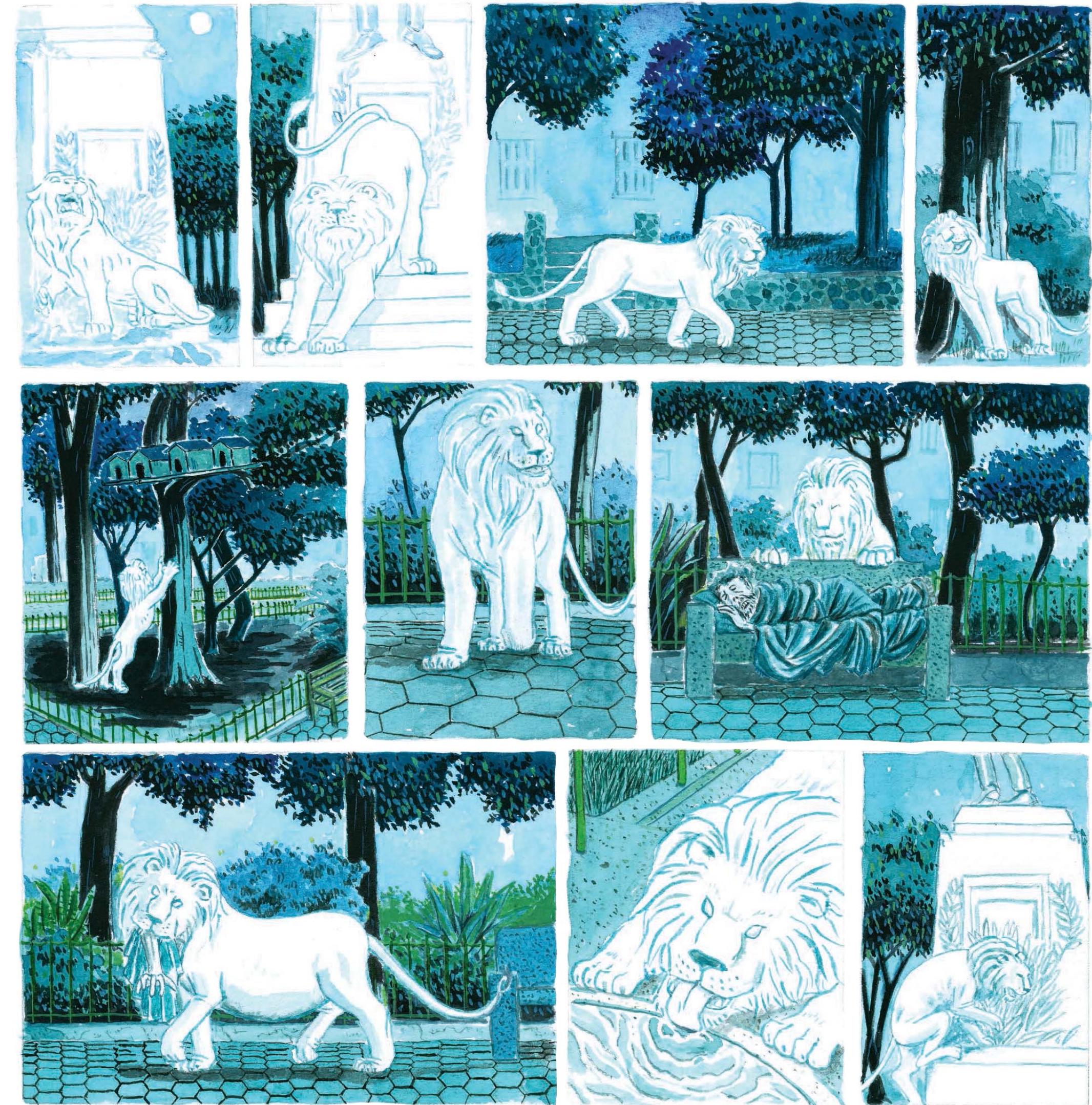
◆ ◆ ◆
A las ocho de la mañana tres personas están barriendo: la barrendera oficial, la barrendera cívica y René, que limpia los adoquines con su meticulosidad enfermiza. Me acerco. La herramienta con que extrae la mugre de las hendijas es una desgastada segueta azul que le regaló su mamá; vive con ella "por las letras del Coltejer". Al hombre le cuesta hilar las frases, se le esfuman las palabras, trata de pescarlas en el aire con la mirada. René Montes nació en Sonsón y hace veinte años llegó a Medellín. A sus 43 años no sabe exactamente por qué eligió este parque, pero desde 2009 lo barre casi a diario, adoquín por adoquín, hendija por hendija, a cambio de las monedas que le dan.

Un pedazo de torta de pescado con arepa reposa en una jardinera. Es el desayuno dominguero de Luz Piedad, que lo dejó ahí mientras le vende dos cigarrillos a un taxista. Antes atendió a un joven, a un trabajador y a un vecino que llegó a saludarla con un tinto humeante en la mano. Luz viene y va hasta el sardinel, se sienta, se cubre del sol con una mano. Su coche está a la sombra del pomarrosa. Al frente, el Pan de Azúcar relumbra blanco y enneguecedor.

■



Viñeta x10





Cadmio o ilang-ilang, *Cananga odorata*
Familia *Annonaceae*

Originario de Asia tropical



Jueves 1 de agosto de 2013, 12:45 p.m.

Al mediodía el parque parece detenido. Las bancas con sombra son el refugio perfecto para una madre y su hija adolescente que esperan a alguien. Sentada, la joven mira hacia la estatua central, donde revolotean un par de palomas.

- Dizque José María, un nombre de hombre y otro de mujer.
- Así era antes. Mi abuelita se llamaba Adelaida de Jesús Valbuena Ruiz.
- Qué nombres más charros.
- ¿Y este murió cuándo? ¿Mil ochocientos veintinueve?
- Y murió así parado como está.

Ambas se ríen.

- Ay no, qué pereza esperar aquí hasta las dos y yo creo que ni siquiera es la una. Pregúntele la hora a ese señor.

La niña se para y da cuatro pasos hasta la banca vecina.

- Señor, me hace el favor y me dice la hora.
- Faltan diez para la una.
- Gracias.

La niña vuelve.

- ¿Escuchó?
- Sí, pregúntele cuál mes es primero, junio o julio.
- Pregúntele usted.
- Ah, boba... -gira la cabeza- Señor, ¿usted sabe cuál es primero, junio o julio?
- ¿Cómo? Primero está junio, después julio, que se acabó ayer, y agosto.

La niña interviene:

- Que hoy es dos.
- No, hoy es uno, uno de agosto.
- Ah, sí, sí. Gracias.

Junín

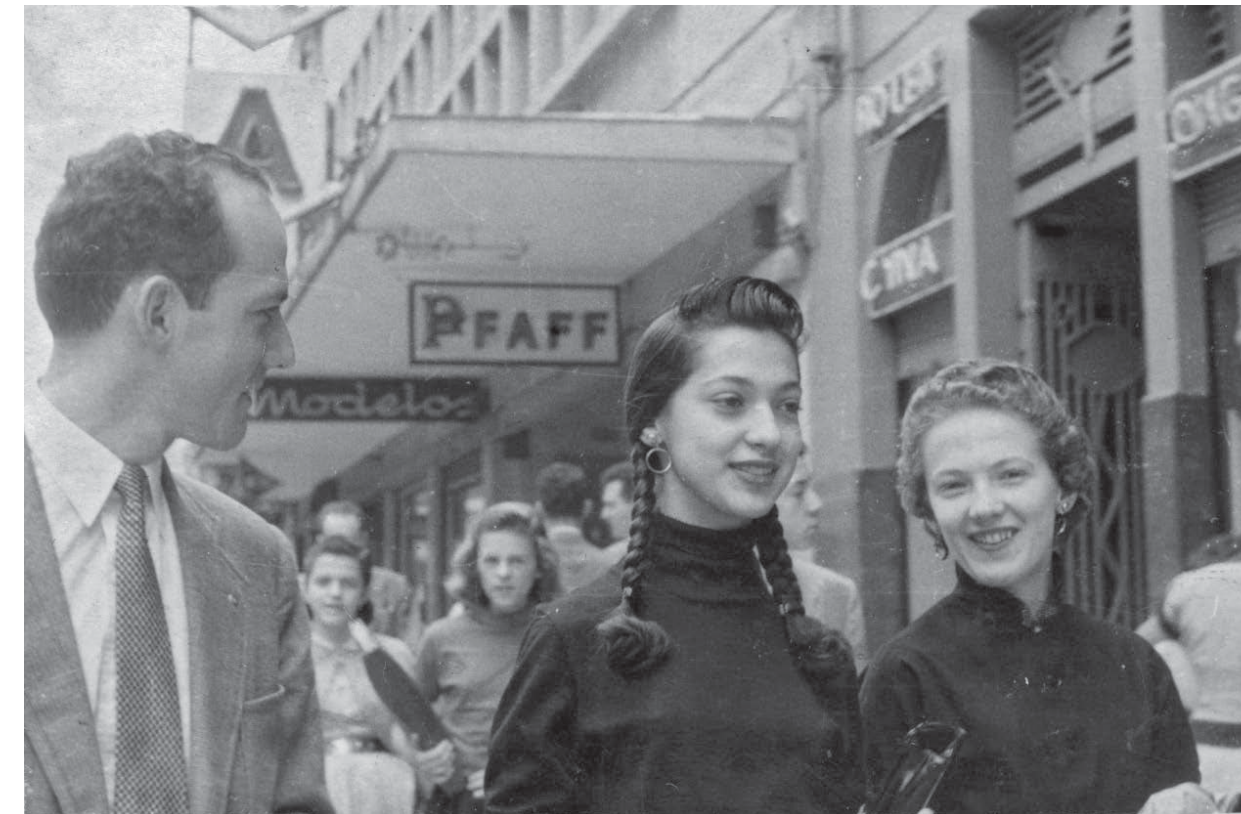


“Tal vez la única diversión, sin distinciones sociales, de la que participaron los residentes de la villa por aquellos años, fue *juniniar*, un verbo que se impuso rápida y forzosamente desde finales de la década del cincuenta y principios del sesenta. Pararse en las esquinas de la carrera principal de Medellín con la intención de expresar piropos inofensivos; cruzar una avenida con igual propósito, podrían ser las acepciones para un diccionario de regionalismos.

Creo que nadie en esta ciudad se quedó sin conjugarlo. Hubo tardes en las que la aglomeración llegó al paroxismo. La gente parecía asfixiarse en esas dos calles largas, de lo numerosa y

afanada. Los vehículos dejaban de transitar ante la multitud, se paraban, prácticamente. La paciencia —que ha sido virtud entre los antioqueños— comenzó a resentirse. Las personas que se vestían a plazos —los que pagaban su ropa por clubes en los almacenes de la avenida Primero de Mayo y Junín—, hacían de los viernes un día intransitable, desesperante, insoportable. Apuradas por pagar las cuotas puntualmente —otra cualidad comarcal—, ilusionadas en ganar los créditos con la rifa de las dos últimas cifras de la lotería de Medellín, fomentaban el caos colectivo en ese boulevard de curato”.

Jairo Osorio. *Junin* 1970. 2013.





Entreviú

Por Elkin Obregón

E. O. – ...Perdón, pero no puedo hablarte de los cines de barrio, tema más que tentador: nunca fui al Manrique, ni al Aranjuez, ni al Buenos Aires, ni al Alhambra. El único que pisé fue el Cuba, pues quedaba a tres cuadras de mi casa, cuesta arriba. Mi espacio fue siempre el Centro, lugar de donde nunca he salido. Allí estaban los llamados teatros de estreno, y el cine, al menos en ellos, era cartesiano. El Ópera y el María Victoria (creo que el circuito se llamaba Cine Continental) exhibían las películas europeas, vale decir francesas e italianas, que llegaban semana tras semana a sus carteleras. Veámos en esos dos cines cintas de René Clair, de Robert Bresson, de H. G. Clouzot, de la Nueva Ola en pleno. Y a Antonioni, Fellini, Pietro Germi, tal vez Scola. Y a divas como Brigitte Bardot (B. B. debutó en el rol de chica ingenua en *Las grandes maniobras*, de Clair; después se dedicó a proteger animales), Michèle Morgan, Catherine Deneuve, Marina Vlady, Simone Signoret, Ana Magnani, Virna Lisi, Monica Vitti; y a galanes y no galanes como Yves Montand, Mastroianni, Pierre Brasseur, Bourvil, Fernandel. Dígame de paso que el Ópera también estaba adecuado para ofrecer espectáculos “reales”. Por él desfilaron compañías de teatro –casi siempre españolas, unas buenas y otras no tanto–, grupos de danza, conferencistas. Y fue en su escenario donde se presentó por primera vez, montada por un grupo bogotano, *HK111*, el debut como autor

de teatro del pontífice Gonzalo Arango; la función fue en matiné, con presencia del autor y nutridos aplausos.

El Teatro Lido, al que cíclicamente tratan de recuperar, era y sigue siendo a pesar de todo el más bello de la ciudad. Templo de las películas inglesas de la Rank, pasaba también algunas gringas –entre ellas las de Hitchcock– y las de Bergman, cuando el sueco empezaba a conocerse por estos lares; cito algunas de las que allí se proyectaron, todas en impecable blanco y negro: *Noches de circo*, *Hacia la felicidad*, *Las fresas salvajes*, *El manantial de la doncella*, *El séptimo sello*... También tenía el Lido, no sé por qué, la exclusividad de las películas de Cantinflas. Y eso ya tiene poco de cartesiano.

El Metro Avenida, fiel a su nombre, era el reducto de La Metro, gran productora en esos años de musicales (Fred Astaire, Gene Kelly, Debbie Reynolds, Cyd Charisse, a su personal modo Esther Williams), y de westerns, comedias y melodramas. El Teatro Junín, cuando oficiaba de cine, que es lo que aquí concierne, tenía el stock de las películas mexicanas, que estaban en él como en su casa; sí, María Félix, y Libertad Lamarque, Arturo de Córdova, Jorge Negrete, Pedro Infante, la sicaléptica Ana Luisa Peluffo, que el dios Eros bendiga. Por cierto, fue el Junín escenario del debut, despedida y beneficio de *Colombia Linda*, un bodrio que llevó a la quiebra a la empresa Procinal, y de paso a su dueño o principal animador, Camilo Correa. Camilo era un cineasta empírico, sin técnica ni idea alguna de narrar en imágenes; y un iluso redomado, y, como tal, merece mis respetos.

F. M. – Alguna vez hablamos de los cines continuos.

O. – Bueno que me lo recuerdes. Surgieron a finales de los años cincuenta; el primero se llamó “Newsreel, cine al día”, y quedaba por Junín, junto al Hotel Europa. Muy pronto aparecieron otros dos, el Caracas y el Cinelandia. Terminada la sesión, tras un corto intermedio, todo volvía a empezar. Solían estas salitas proyectar cortos, noticieros, dibujos animados, y, como postre, el episodio de la serie que todos esperábamos. Las “series” eran una fórmula del Hollywood de esos tiempos, que funcionaba exhibiendo cada semana un episodio para continuar en la siguiente. Gracias a ese feliz invento pudimos disfrutar de Supermán, El Fantasma, La Sombra, El Capitán Marvel, Flash Gordon, El Zorro, El llanero solitario, casi todos héroes tomados de los cómics, o bien de las *pulp fictions*. No siempre era así, a veces daban películas completas. En el Cinelandia vi por primera vez una de mis películas de culto, *El mago de Oz* (la versión de Judy Garland, por supuesto), portadora de un mensaje que todavía no comprendo del todo, pues no sé si triunfa en ella la realidad o la fantasía.

Bueno, luego aparecieron *El Cid* y *el Libia*, ambos de Cine Colombia. *El Cid* era inmenso. *El Libia*, más recogido, fue “la joya de la corona” de esa empresa –en los tiempos de doña Teresa Gómez–, que enviaba a esa pantalla las cintas más selectas de sus arcas. Y lo eran: se estrenó con *Muerte en Venecia* de Visconti, y presentó siempre excelentes filmes,



➤ SUP. Publicidad de cartelera de cine. 1937.
➤ INF. Teatro Avenida. S. f.



▶ Izo. Teatro Metro Avenida. 1954.
 ▶ Sup. Teatro Lido, S. f.
 ▶ Inf. Teatro Lux. 1963.

como *El inquilino* de Polanski, *Teorema* de Pasolini, o *El fugitivo Josey Wales*, regreso triunfal de Clint Eastwood a los auténticos *saloons*. Diagonal al Libia existió el Diana, luego degradado —obediente a su actual entorno— a menesterosa sala X llamada México. Pero no puedo olvidar el Diana, amable espacio que presentó entre otras buenas cosas *Camino a Salinas*, donde Mimsy Farmer me regaló el desnudo más bello que jamás he visto, dentro o fuera de la pantalla; no porque su breve aparición *in puribus* fuera especialmente insinuante, sino porque ella era una criatura bendecida por los dioses con el don inefable de la desnudez.

Dejando muchas cosas en el tintero, permíteme un último párrafo para Cine Centro, ubicado a dos cuadras del Parque Bolívar, rumbo a Prado.

Lo administraban dos jóvenes entusiastas, empeñados en dar a Medellín una última oportunidad comercial de ver buen cine. Y así lo hicieron, contra viento y marea. Con decirte que allí se estrenó *El cielo protector*, de Bertolucci. Como era predecible, Cine Centro quebró. Volviendo a *El cielo protector*, te cuento que la vi con una novia. Después, tanto Bertolucci como yo entramos en decadencia.

F. M. — Tu decadencia es obvia. Ni siquiera mencionaste a Aguirre, ni a ‘Pacholo’, ni al Colombo.

E. O. — La tiranía de los caracteres, y del mal historiador. Más adelante, si quieres, seguimos trinando.



Sinfonia
 Continuo de 11 a 11 p.m.
 Sigue triunfante este film francés de crudas escenas al desnudo!!!
EN ULTIMA FECHA!
LA BAHIA DEL DESEO
 CONTINENTAL FILMS

 Con Fabianne Dali y Sophie Hardy
 En doble con esta morrocotuda comedia italiana:
"PSICOSISIMO"
 Estricta censura para mayores de 21

SABADO DE GLORIA — SABADO DE GLORIA —
Lido ESTRENO DOBLE
 Cont. de 1:30 a 8:30 y 9 p.m.
 UN FILME FRANCES
 CON LA MAS HERMOSA
 Y AGIL CARTERISTA
 AMORAL Y PURA ... SENSUAL Y CANDIDA...
 DOS AMANTES Y UN SOLO AMOR!
La Pequeña Virtud
 DANY CARREL
 JACQUES PERRIN
 ROBERT HOSSEIN
 PIERRE BRASSEUR
 Y un vaquero italiano del mejor estilo:
"TODO O NADA"

ATRACCION...
 EXCLUSIVA DE SU
CINE LIBIA
 MAÑANA
"Y... pronto la oscuridad"

 UN PASO DE DOS HERMOSAS MUJERES POR LA SOLEDAD FRANCIA CON UN ASESINO AL ACECHO.
 ¡Nunca se habrá sentido tan aterrada en la vida!
 Pamela Franklin
 Michele Dotrice
 Sandor Eles
 TECHNICOLOR

HOY MARIO MORENO
EL CID COLOMBIA **Cantinflas**
 3, 6.15 y 9 pm. \$ 4.00 - 3.15, 6 y 9.15 pm.
 (TODOS)
TODA LA VIDA...
 Llevará usted el recuerdo de dos horas de carcajadas con...
El SEÑOR FOTOGRAFO

▶ Avisos de la cartelera de cine publicados en el periódico *El Correo*. S. f.

En el pueblo hay una plaza, en la plaza hay una iglesia y en la iglesia hay un órgano

Por RICARDO ARICAPA

El dragón de la Catedral

“En el pueblo hay una plaza, en la plaza hay una iglesia y en la iglesia hay un órgano” era una retahíla que se usaba antes para enseñarles a los niños a leer y a escribir, y de paso dejarles claro el orden natural de las cosas.

Ese antes es 1933, el pueblo es Medellín, la plaza es el Parque Bolívar (ya con el Libertador de bronce montado en su caballo), la iglesia es la recién terminada Catedral Metropolitana (tan enorme para la ciudad de entonces que se alcanzaba a divisar desde ambos extremos del Valle de Aburrá), y el órgano es un aparato no menos desmesurado, comprado a la prestigiosa casa alemana Walcker, el más grande y costoso de cuantos se cotizaron, como correspondía al tamaño y prodigio del templo.

El órgano traía incorporado lo último en tecnología, en una época en que los organeros competían por construir un instrumento de sonoridad universal, es decir, que a la par con el sonido romántico que traía del siglo XIX tuviera el brillo metálico del período barroco; mejor dicho, una vuelta al siglo de oro de ese aparato, cuando el devoto Johann Sebastian Bach lo usaba para comunicarse directamente con Dios.

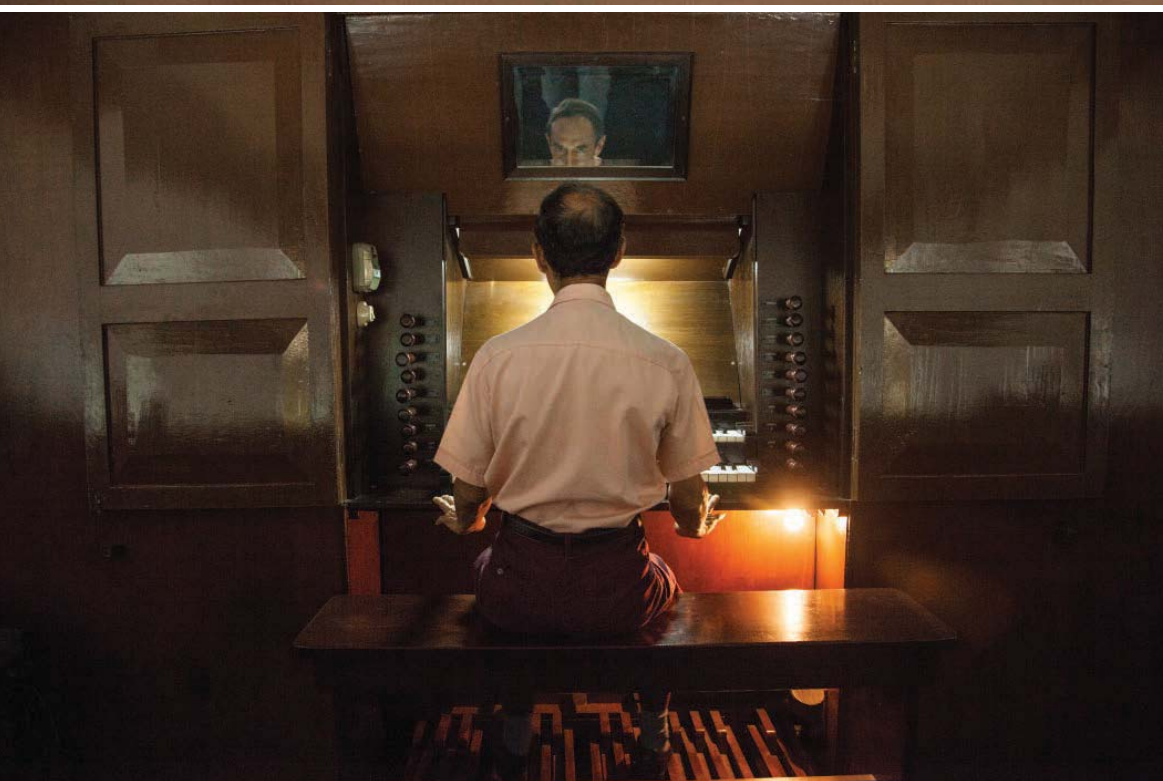
Seis meses tomó en Alemania la construcción del órgano de La Metropolitana, y tres más demoró su traslado a Medellín, primero en buque, luego en barco por el río Magdalena, y después a lomo de mula desde Puerto Berrío, desarmado y empacado en cajas. Con él llegó para armarlo el ingeniero Oskar Binder, quien ordenó reforzar el sotacoro con una estructura metálica capaz de soportar las veintidós toneladas que pesa y la vibración del motor de tres caballos con el que hace trinar sus tres mil 478 flautas, la más grande de seis metros de largo y la más pequeña de seis milímetros, lo que le permite reproducir sonidos de trompetas, bombardas, oboes, clarinetes, flautas, violonchelos, campanas y hasta la voz humana; toda la paleta de colores de una orquesta que se maneja desde

una pequeña consola con cuatro teclados, tres para tocar con las manos y uno con los pies.

Es el instrumento más grande del país y el papá de todos los órganos de Antioquia. Mide diez metros de alto, doce de ancho y cinco de fondo, y con su maderamen de palo santo oscuro y sus largos tubos a la vista semeja un dragón echado, al que no le falta sino botar candela cuando retumba con toda su potencia en la inmensidad de la Catedral, su caja de resonancia, una inmensidad de 97 mil metros cúbicos.

Binder, el ingeniero alemán que lo instaló, se quedó un tiempo en Medellín y luego se radicó en Bogotá, donde formó su propia compañía especializada en reparación de órganos. Y eso fue lo mejor que le pudo pasar al órgano de la Catedral: le aseguró buen mantenimiento por muchos años, los que alcanzó a vivir el longevo Binder, quien lo mantenía al pelo, como se dice. En 1975 Binder lo refaccionó y reforzó; le modernizó los mecanismos electrónicos y le adicionó un juego de trompetas de cobre para que sonara más fuerte. Ese mismo año se celebró el Festival Internacional de Órgano de Medellín, que vio desfilar a los mejores organistas del mundo.

Esos festivales, en su primera época, los organizó y dirigió Hernando Montoya, el personaje más entrañable que ha cuidado al dragón, pues lo tocó durante casi cuarenta años y, mientras vivió, fue considerado el mejor organista del país. Quién sabe cuántas de las personas que iban a las misas lo hacían solo para escucharlo tocar, acompañado los domingos por un coro numeroso. Asistía mucha gente en ese entonces, pues la devoción todavía flotaba en el aire y la feligresía llenaba las iglesias; no como hoy, que es cada vez más escasa: a la última misa matutina que se celebra entre semana asisten unas cien personas mal contadas, que vistas desde lo alto del órgano parecen migajas esparcidas.



Los años noventa no fueron buenos. Binder murió, el órgano se desajustó, perdió brillo y vigor, y no tuvo quien lo auxiliara. Se necesitó una circunstancia fortuita para que en el año 2002 la Arquidiócesis decidiera meterle la mano.

Ese año se anunció la gira por Colombia de Pierre Pincemaille, organista titular de Saint-Denis, la catedral de París donde reposan los restos de todos los reyes de Francia y, por lo mismo, plaza obligada para organistas de gran importancia. Y Pincemaille sí que era una celebridad mundial, en especial por sus magistrales improvisaciones. Su gira por el país fue promovida y financiada por la embajada francesa en misión de intercambio cultural. Así que tocó refaccionar el órgano a las carreras y ponerlo a tono para la importante gala.

“Yo no lo reparé totalmente, lo limpié y le hice una intervención técnica puntual para que se pudiera tocar ese concierto”, dice Francisco Serna, el organero que llamaron para realizar el trabajo, cuya mayor recompensa fue que después del concierto el propio Pincemaille lo buscó para felicitarlo.

El órgano siguió entonces con sus achaques, a medio sonar, hasta que llegó otro golpe de suerte. Esta vez fue la embajada alemana la que se interesó por él, en razón de que fue catalogado como patrimonio cultural por ser de los pocos órganos construidos antes de la Segunda Guerra Mundial. El gobierno alemán asumió buena parte de su restauración, y lo demás corrió por cuenta del gobierno local y la empresa privada. El trabajo lo realizó la casa organera alemana Oberlinger, que pasó factura por casi 700 millones de pesos. Francisco Serna, paísa al fin y al cabo, dice que él la habría hecho por cien millones de pesos y le habría quedado mejor, porque, a su juicio, la restauración que hicieron los alemanes quedó con fallas.

No son muchos los organistas que han posado sus manos y pies en el órgano de la Catedral. Después de Hernando Montoya, el más duradero fue Guillermo Gómez, un sacerdote todoterreno que le revolvió de todo a su labor pastoral: programas de radio, conferencias académicas y devoción por la música. Tocaba muy bien el piano y el órgano, en especial la obra de Bach. Tenía incluso su propio Guinness Records: fue el primer sacerdote pianista del mundo en interpretar las 32 sonatas de Beethoven y los 48 preludios y fugas de Bach. Su último proyecto, maratónico, fue tocar toda la obra de Bach, y para ello programó un ciclo de conciertos el último domingo de cada mes. Cuando la muerte se atravesó en su camino tenía conciertos programados hasta el año 2015.

En la actualidad el organista titular es Octavio Giraldo, pianista y organista jubilado de la Facultad de Música de la Universidad de Antioquia. Su hijo Esteban, de treinta años, es el organista auxiliar, y lo más seguro es que herede el lugar de su padre.



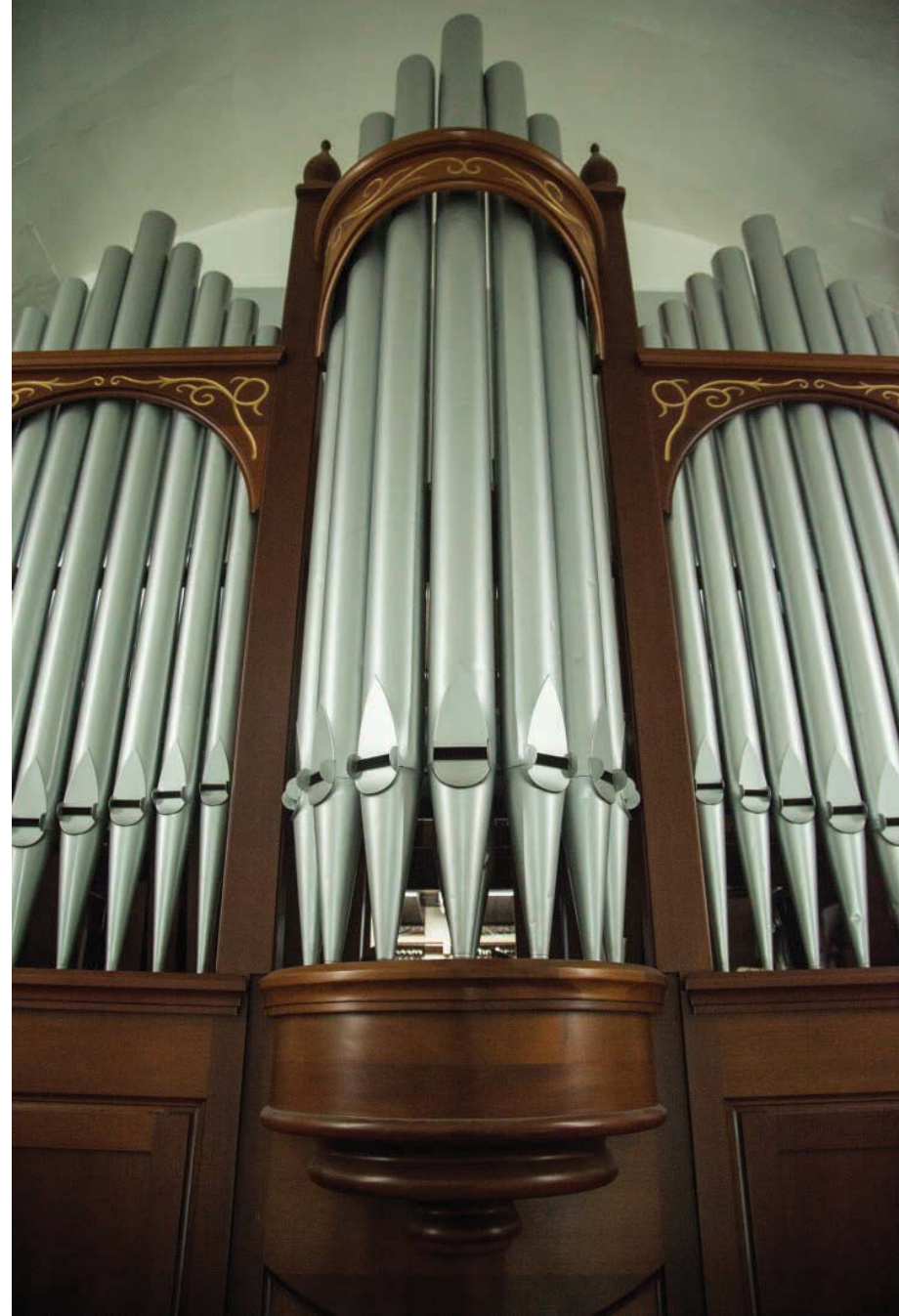
El venerable órgano de La Candelaria

El Parque Berrío fue una apacible plaza pueblerina donde vivían en casas de balcón las más distinguidas familias; había mercado los domingos, manifestaciones públicas, paradas militares y hasta fusilamientos. Entrado el siglo XX, después de varios incendios, se reconstruyó con una nueva vocación: ser el centro de referencia de la pujanza industrial, cafetera y minera de Antioquia, sede de bancos, edificios empresariales y oficinas del gobierno. Y así duró hasta que el Metro se atravesó y lo volvió estación de paso. El desempleo y el rebusque hicieron el resto. Se puede decir que recuperó la vocación de plaza de mercado de antaño, pero al estilo y al ritmo de la economía informal de ahora.

Lo único que ha permanecido invariable es el venerable órgano de la iglesia de La Candelaria, porque hasta esta sufrió cambios importantes; por ejemplo, antes era de ladrillo a la vista y ahora es blanca. Y es venerable porque es el órgano más antiguo que se conserva en la ciudad, traído en 1850 gracias al dinero que donó un rico a la parroquia a cambio de indulgencias. La idea era comprar un órgano acorde con las dimensiones y la importancia de La Candelaria, por entonces el principal templo de Medellín y de Antioquia, tierra abonada para la misa y el rosario. Su construcción se encargó a la casa Walcker de Londres, y llegó por la ruta acostumbrada del Magdalena y las trochas para reemplazar uno modesto que habían construido los organeros jesuitas.

Lo que no está claro es si ese fue el órgano que se pidió a la Walcker. Según una versión, que algunos consideran leyenda, iba para otra ciudad pero por una confusión en los trámites terminó en Medellín. Una posible prueba de ello es su tamaño, que resulta mastodóntico para una catedral de mediano calado como La Candelaria. El caso es que la Walcker tuvo que dejarlo acá. Y así fue como La Candelaria quedó dotada con el órgano más grande y fino de cuantos hasta ese momento se habían importado al país, con quince registros de sonidos diferentes, dos teclados manuales y el pedalero. Lo que no hubo fue quién lo instalara. De esa tarea se tuvo que encargar un arquitecto y mecánico alemán radicado en Medellín que sabía hacer de todo: Enrique Haeusler, el mismo que construyó el Puente Guayaquil y le hizo una reparación importante a la iglesia de La Candelaria. No era organero ni músico pero se le midió a instalarlo, asesorado en el trabajo de afinación por un músico inglés que hacía parte de la comisión científica de Codazzi.





Tampoco faltó quién lo tocara, pues en la ciudad había buenos pianistas que podían hacerlo. El más connotado fue el compositor Gonzalo Vidal, maestro de capilla de La Candelaria por muchos años y autor de la música del himno antioqueño.

En 1914 el órgano se refaccionó y se le adicionó el registro de la voz humana. En 1978 lo restauró Oskar Binder, quien no le modificó nada sustancial, de tal suerte que se conserva casi igual a como era hace 163 años. Una joya afónica, según el organero Francisco Serna, porque la refacción más reciente le dejó escapes.

Pero así estuviera en perfecto estado su sonoridad no se podría apreciar, la bulla que se cuela desde la calle no permite escucharlo en todo su esplendor. No hay que olvidar que el órgano se inventó para la solemnidad y el silencio de las catedrales, necesita ese ambiente como las cometas necesitan el viento, y La Candelaria está rodeada de ajeteo y bulla, siempre expuesta a la formidable banda sonora del rebusque, o sea a los gritos de los fruteros, el pregón de los baratijeros, las guitarras de

los merenderos, los tambores de los hare krishna, los pitos de los carros, el perifoneo de los loteros, el “¡cójalo!” que sigue a los carteristas..., en fin, los nuevos mercaderes del templo.

Es una iglesia de paso y de pobres, como la define Yolanda Niño, la secretaria mayor de la parroquia. Y de viejos, se podría agregar, pues casi toda su clientela es gente mayor, el promedio no baja de cincuenta años, con uno que otro joven por ahí entreverado. Para ellos, durante todas las misas de la mañana, toca el órgano Lubín Alzate Sánchez, maestro de capilla desde hace dieciocho años.

Lubín es un hombre bajo, cercano a los setenta años y magro como un arpegio. Pertenece a esa vieja guardia de buenos organistas que se formó a la sombra de Hernando Montoya. De ahí que no le falte algo de razón cuando dice que la gente que lo visita solo se interesa en el órgano, mas no en el ejecutante; se queja de que nadie le pregunta por su salud, sus necesidades y condiciones de trabajo. Sus razones tendrá Lubín para quejarse.

El Merklin que trajeron los jesuitas

En 1905 llegó de Europa el órgano para la iglesia de San Ignacio, templo insigne de los jesuitas en Medellín. Aquel año el templo celebraba cien años de existencia, todavía con la fachada a medio hacer, porque el arquitecto Agustín Goovaerts aún no le había construido el frontis barroco. La compra del órgano hizo parte de la celebración. Y sí que había razones para celebrarlos, considerando lo difíciles que fueron para la Compañía de Jesús, perseguida y expropiada por los liberales radicales durante las guerras civiles del siglo XIX. En una de esas le confiscaron el colegio y el claustro, que estarían dos décadas en manos de la autoridad civil.

Para 1905 solo había dos órganos en el departamento: el de La Candelaria y el de la Basílica de Santafé de Antioquia. Después llegarían muchos más, que obviamente serían ubicados en templos religiosos, porque en nuestro medio el órgano es especie endémica: solo habita en las iglesias. Distinto a Estados Unidos, por ejemplo, donde la industria del cine lo usó en los teatros como banda sonora de las películas mudas, con dispositivos alterados para que diera el sonido de gritos, disparos, estruendos, portazos...

No hay duda de que los jesuitas hicieron una buena inversión con la compra de este órgano, que es un valioso bien patrimonial tanto por sus sonidos como por su constructor, Joseph Merklin, famoso organero alemán que en su tiempo hizo notables aportes al desarrollo de estos aparatos, tan exitoso que no daba abasto para atender los pedidos. Varias iglesias importantes de Europa tienen órganos fabricados por él, y el del templo de San Ignacio fue uno de los últimos que construyó en su taller de París, pocos años antes de morir.

“Sus enflautados son una maravilla, de sonoridad exquisita”, dice Francisco Serna, quien tuvo la oportunidad de meterle la mano en 1999, cuando lo llamaron para que lo reparara. Lo limpió, lo ajustó y cambió la viga del segundo nivel de enflautados, que estaba carcomida por el comején.

Fue el segundo órgano que Francisco reparó en su vida. El primero fue el de La Veracruz, dos años atrás, trabajo que se le encomendó como último recurso para salvar el órgano. Llevaba treinta años fuera de uso y estaba en pésimo estado, tanto que ni la compañía de Oskar Binder lo quiso reparar. Además, en una ciudad en la que los organeros se cuentan en los dedos de una mano y sobran dedos, el párroco de La Veracruz no encontró quién más le hiciera ese trabajo, y menos con el presupuesto tan famélico que había disponible.

“Pero me le medí”, dice Francisco, cuya única experiencia en la materia era el año que había sido ayudante en la reparación del órgano de la iglesia del barrio Manrique, de la misma marca que el de La Veracruz: un Casavant canadiense. También había adquirido conocimientos teóricos como autodidacta y desarrollado algunas habilidades en tecnología aplicada. Aprendió desde muy joven a tocar el piano y el clavicémbalo en el Conservatorio Nacional de México. El organero es un artesano que debe conjugar varios saberes, desde la mecánica, la carpintería y el manejo del cuero, hasta la ingeniería eléctrica, la música y la acústica.

Dos años le tomó a Francisco la reparación del órgano de La Veracruz. En la sola limpieza se demoró un mes, por el hollín acumulado en los tubos y el excremento de ratas, murciélagos y palomas, que en algunas partes formaba un tapiz de hasta un centímetro de espesor. Este aprendizaje le permitiría luego encarar la reparación de los órganos de la iglesia de San Ignacio y la Catedral Metropolitana.

Hoy, el órgano de San Ignacio se encuentra otra vez desarmado y en reparación. Según Francisco, otro organero con más créditos académicos (pero no con más conocimientos, enfatiza) diagnosticó que su trabajo anterior había quedado mal hecho y propuso una nueva. Gajes de la competencia entre organeros.

Pobreza franciscana

Además de organero, Francisco Serna es egresado de historia de la Universidad Nacional y autor de una tesis sobre los órganos en Antioquia. Contó 37 en Medellín y los demás municipios; la mayoría están en un estado deplorable, tanto que las reparaciones que les han hecho a algunos ha sido más labor de salvamento que de mantenimiento.

El que está en peor estado tal vez sea el órgano de la iglesia de San Antonio, el insigne templo de la orden de San Francisco en Medellín consagrado a San Antonio de Padua, un monje del siglo XIII que toda su vida hizo milagros y alguna vez se anotó uno

portentoso: para convencer a un marido celoso de que el bebé que acababa de tener su esposa sí era suyo, hizo que el bebé hablara y le confirmara que sí, que verdaderamente él era su padre.

Este templo data de finales del siglo XIX pero fue reformado totalmente entre los años 1929 y 1945, cuando se construyeron sus amplias naves, sus preciosos altares de madera y su gran cúpula. Sobre el sota-coro se instaló el órgano, instrumento construido en España por Esteban Dourte, un artesano vasco que, según Francisco Serna, encarnó el momento culminante de la vieja escuela organera catalana-aragonesa. Por eso es interesante y vale la pena recuperarlo.

Este órgano no suena desde hace más de treinta años. Lleva todo ese tiempo dañado y a merced del comején. Y aunque desde abajo uno lo vea impecable en su elegante maderamen repartido en dos cuerpos, al acercarse ve la ruina en que se encuentra: la consola está carcomida y en harinas, y tiene malas las secretas, los fuelles, el motor, las bases, todo. Lo único bueno es su tubería, que es muy valiosa. “Y si hay tubería, hay órgano, se puede restaurar”, dice Francisco, quien tiene razones para decirlo porque hace quince años lo llamaron para que lo revisara y cotizara la restauración. También tiene como experiencia haber restaurado un órgano similar en Aguadas, Caldas. Según sus cálculos, restaurar este órgano puede costar 120 millones de pesos, “y eso bajita la mano porque yo no soy carero”.

De todas maneras, 120 millones es un billete largo para una comunidad como la de San Francisco de Asís, que vive de la caridad. Su pobreza es proverbial. Además, la ponchera tampoco es que ayude mucho, porque el templo de San Antonio es tal vez el menos concurrido del Centro. Los usos que ha adquirido el parque en los últimos años aislaron el templo del contexto urbano y lo vaciaron de feligreses. La mañana en que lo visitamos, a eso de las siete y media, había catorce personas en misa –o trece, porque uno de los señores roncaba plácidamente en una de las bancas–.

Sin embargo, esos pocos feligreses tienen un órgano que acompaña las misas. La parroquia compró uno eléctrico cuyo sonido se amplifica con altoparlantes, y que interpreta el hermano Julián enfundado en el tradicional hábito café con cordoncillo blanco de la orden.

El hermano Julián abrazó desde muy joven la causa religiosa, y lleva varios lustros sirviendo como sacristán en el templo de San Antonio. Es un hombre fornido y de pocas palabras, además de arisco, quien aparte de preparar las misas tiene en la responsabilidad de tocar el órgano eléctrico, un aparato que apenas si zurrunguea, como él mismo lo reconoce.



› Teclado y pedalero, órgano de la Iglesia de San Antonio.

El gran órgano de San José

En 1955 las familias pudientes que vivían en torno a la iglesia de San José decidieron reunir el dinero necesario para dotarla de un órgano digno de su importancia. La mejor oferta que recibieron fue un órgano español construido en 1922, restaurado y mejorado, y casi tan grande y rico en sonoridad como el de la Catedral Metropolitana: tres mil flautas y 44 registros; un portento de aparato, el segundo más grande de Antioquia. El organero Oskar Binder estuvo a cargo de su restauración, lo que lo cotizó más. No en balde lo utilizaron para acompañar la grabación de un disco, el primero de esas características que se grabó en Colombia.

En el año 2002 tuvo un daño eléctrico que afectó parcialmente su funcionamiento, pero ahí estuvo Francisco Serna para repararlo y de paso hacerle algunos ajustes. En 2010 la junta de arte de la Arquidiócesis decidió restaurarlo en su totalidad, un trabajo que costó 500 millones de pesos y le fue encomendado a otro organero.

El cuarto de hora de Francisco como reparador de órganos al parecer ya pasó, hace rato no utilizan sus servicios. Reconoce que el mercado de la reparación, que de por sí es escaso, está copado por nuevos organeros: “lo malo –se queja– es que quieren acreditar su trabajo desacreditando el mío”.

Entretanto sigue alimentando un capricho personal: terminar el órgano que empezó a construir de manera artesanal, pieza por pieza, hace algunos años. Es la réplica de un órgano cortesano español de la época de la Colonia, que lleva apenas en la mitad por falta de recursos, pues hoy se tiene que ganar la vida como profesor de música.

También ha empezado a incursionar en el mercado de los detergentes. Le hizo caso a la recomendación de un amigo y empezó a fabricar un jabón líquido cuya fórmula él mismo ideó. La creó para limpiar órganos, pero descubrió que también funciona para lavar platos porque es biodegradable y no es hostil con las manos. Ya lo patentó y lo fabrica en su propia casa. “Facilín”, se llama, y valga la cuña. “A lo mejor tengo más futuro con los detergentes que con los órganos”.

■

